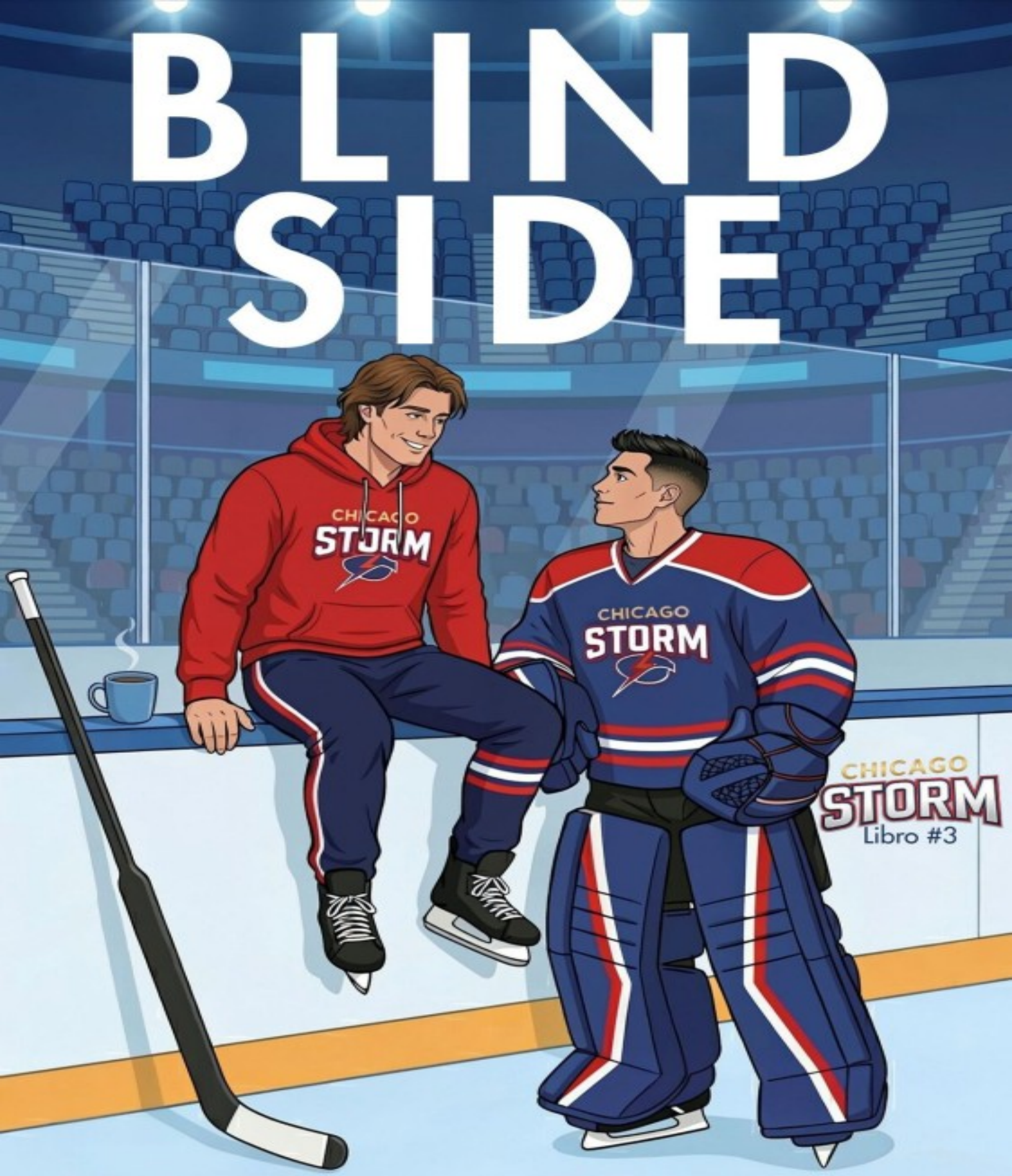
BLIND SIDE



UN APASIONADO ROMANCE MM DE AMIGOS A AMANTES EN EL HOCKEY

PIPER CROSS

Blind Side

Un apasionado romance MM de amigos a amantes en el hockey

Piper Cross

Whisper Nexus Publishing House

Primera edición en español: 2026
Copyright © 2026 by Piper Cross
Traducción del inglés: Sofía María Torres
Publicado por Whisper Nexus Publishing House
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o lugares es pura coincidencia.

El uso de esta publicación para el entrenamiento de tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa está expresamente prohibido.

Blind Side

Chicago Storm #3

También de Piper Cross

Chicago Storm
#1 Body Check
#2 Cross Check
#3 Blind Side
#4 Próximamente

Contenido

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16

17
18
19
20
21
22
Epílogo

1

Abbott

El chico lo estaba haciendo mal.

No era un error catastrófico. Pero dentro de dos meses se traduciría en un pase fallado en la zona neutral. Era un hábito que se calcificaría si nadie lo corregía.

Jamie Hayes lo vio. Ya estaba patinando hacia él con una zancada fluida, el palo suelto en una mano. Lo observé ajustar el ángulo de su aproximación para que el novato no se sintiera acorralado.

Ese era Hayes. Nunca te hacía sentir acorralado.

—Oye, Mikkola —Jamie se detuvo junto al chico en el centro de la pista, lo bastante cerca para hablar sin gritar—. Estás cargando la mano superior demasiado pronto en ese lanzamiento. Mira.

Hizo una demostración con un movimiento fluido. Su peso se transfirió a través de sus caderas y el disco salió disparado de la hoja de su palo.

—¿Notas la diferencia? Carga tarde, suelta rápido.

Mikkola lo intentó. Fue mejor; todavía no del todo bien, pero mejor. Hayes le dio un golpecito en la espinillera con el palo y se alejó patinando, escaneando ya el patrón del ejercicio en busca de lo siguiente que necesitara su atención.

Yo estaba de pie en la portería del extremo opuesto y lo miraba. Había dejado de luchar contra ello más o menos en mi segundo año.

Mi blocker descansaba sobre la portería. El hielo estaba recién hecho. Las líneas limpias de la Zamboni todavía eran visibles en la zona neutral, y los compresores del techo zumbaban con su constante y grave zumbido. Era un entrenamiento de pretemporada. Todos estaban recuperando las piernas después del verano.

Hayes dominaba el otro extremo como si fuera suyo. No era como Luca dominaba una habitación. Luca imponía su presencia por pura gravedad. Hayes simplemente lo hacía más cálido. Llevaba el casco quitado, empujado hacia arriba sobre la frente. Tenía el pelo húmedo en las sienes.

Le dijo algo a Eriksson que hizo reír al sueco. Luego le dio un chequeo de cadera a Volkov sin motivo aparente. Volkov lo insultó en ruso.

La risa de Hayes rebotó contra las vallas, demasiado grande para aquel espacio.

Se movía entre los diferentes grupos; sin prisas, sin agobiar. Una mano en el hombro de un novato para guiarlo a la posición correcta. Una palabra a Bishop que convirtió el ceño fruncido del enorme defensa en casi una sonrisa. Volvió a acercarse a Mikkola un par de veces sin que fuera obvio, comprobando el lanzamiento y ajustando los tiempos. A la tercera repetición, el tiro del chico era notablemente más limpio.

Lo miraba sin pensar en ello. La forma en que resonaba su risa era diferente cuando era real; era más fuerte y menos controlada. Empezaba en su pecho. Se reía así más que la mayoría de la gente. Simplemente, encontraba mucha alegría en la vida.

Se volvió y me miró desde el otro lado del hielo. No estaba comprobando cómo estaba; no estaba escaneando el ejercicio. Durante dos largos segundos, me miró. Luego levantó su palo a modo de medio saludo, me asintió con la cabeza y volvió a centrarse en el patrón.

Dos segundos. No podría decirte de qué color era el casco del novato, pero podría decirte el ángulo exacto de la barbilla de Jamie Hayes cuando me reconoció desde más de cincuenta metros de distancia.

Ese era el problema.

El ejercicio cambió. Luca dirigió la siguiente secuencia. Era su línea, con Hayes en su extremo y Eriksson rotando. Ejecutaron una jugada cíclica que fue tan limpia que parecía coreografiada. Hayes anticipó el pase antes de que Luca lo soltara, cortando ya hacia el poste lejano, y cuando el disco le llegó directo a la cinta del palo, lo redirigió sin siquiera mirar. Fue

directamente hacia Volkov, que lo metió en el fondo de la red. Kieran ni siquiera se había movido.

Yo me habría movido. Habría leído las caderas de Hayes medio segundo antes y me habría adelantado hacia ese lado. Había pasado suficientes horas estudiándolo como para saber exactamente cómo cambiaba su peso antes de una redirección. Pero Kieran no miraba a Hayes de la misma manera que yo.

Nadie miraba a Hayes de la misma manera que yo.

Kieran ocupó la portería del titular para el ejercicio de tiro, y yo patiné hacia el banquillo a por agua. Desde aquí podía ver toda la superficie.

Los porteros lo observan todo; es como estamos programados. Ves todo el hielo. Sigues las trayectorias. Lees las intenciones antes de que se conviertan en acciones. Es útil en la portería. Es menos útil cuando se lo aplicas a un hombre al otro lado de cincuenta metros de agua congelada y puedes identificar el momento exacto en que su expresión relajada cambia porque alguien nuevo ha entrado en el edificio.

Park, el mánager general. Hayes se percató de su presencia de inmediato. Su sonrisa no cambió, pero cuadró los hombros una fracción de segundo, de la manera en que siempre lo hacía un veterano cuando la directiva aparecía en un entrenamiento no obligatorio.

La puerta de la Zamboni se abrió para alisar el hielo y los jugadores se dispersaron en grupos. Estaba aflojándome las correas del peto en el túnel cuando mi teléfono vibró.

Era Marty, mi agente.

—Clay. —Su voz era cálida, el tono que significaba que estaba a punto de decirme algo que yo no quería oír—. Algo rápido. Me han contactado de Sacramento. Están reconstruyendo el equipo, buscan a un titular. Nada formal. Solo un sondeo.

Sacramento. Puesto de titular. Estaba al otro lado del país.

—Vale —dije.

—Es el último año de tu contrato con los Storm. Así es como funciona esto, ya lo sabes. No te estoy dando un consejo, solo te digo que han llamado.

—Te he oído.

—De acuerdo. Piénsalo.

Colgué y me quedé sentado asimilándolo por un momento. El túnel se estaba vaciando. Al fondo del pasillo, Volkov gritaba que el coche de alguien estaba en su plaza. El vestuario olía a goma y sudor rancio.

Eran las simples matemáticas de un portero suplente. Las había estado calculando desde que me eligieron en el *draft*. Llevas la cuenta de las titularidades. Llevas la cuenta de la salud de tu titular. Llevas la cuenta del calendario de contratos y sabes (siempre sabes) que tu futuro en cualquier pabellón es condicional. Kieran Walsh tenía treinta y dos años, estaba atado a un contrato a largo plazo y seguía siendo uno de los mejores de la liga. Yo tenía veintiocho años y estaba en el último año de mi contrato. Las matemáticas siempre habían estado claras.

Esto no era nuevo. Todos los porteros suplentes en todos los vestuarios de la liga tenían esto funcionando en segundo plano en todo momento. La llamada de Marty era el sistema funcionando según lo diseñado.

Lo que no podía explicar era por qué la palabra Sacramento se había asentado en mi estómago como si hubiera tragado mal. Sacramento era una buena organización. Estaban reconstruyéndose con dinero y un plan. Un papel de titular allí era real: el tipo de oportunidad que se suponía que los porteros suplentes debían desear. Había hombres que construían toda su carrera en torno a la esperanza de conseguir algo así.

Yo lo había deseado. Había pasado años deseándolo.

No quería analizar el hecho de que desear mi propio puesto de titular se había complicado más o menos en la época en que Jamie Hayes empezó a abastecer su cocina para dos sin que se lo pidieran, en la época en que empecé a notar que la taza que siempre me tendía, esa azul con el asa desconchada, estaba siempre limpia y siempre en el mismo sitio del estante.

Como si perteneciera a ese lugar.

Guardé mi teléfono y terminé de quitarme el equipo.

Hayes estaba en su taquilla cuando entré en el vestuario, a medio quitarse las guardas, hablando con Theo sobre algo que hacía que este gesticulara con ambas manos. Theo Callahan no tenía una marcha lenta. Fuera cual fuera la conversación, Jamie estaba recostado en su taquilla con los brazos cruzados y una expresión divertida en el rostro, esa que decía: *Continúa, te escucho. Esto va a ser bueno*.

Cruzamos miradas mientras yo caminaba hacia mi taquilla. Su atención siempre cambiaba, aterrizaba, se quedaba un segundo y luego pasaba a otra

cosa. Lo hacía con todos. Rastreaba el vestuario igual que yo rastreaba el hielo. Lo hacía con tanta naturalidad que la mayoría de la gente lo confundía con su personalidad.

Era personalidad, pero también era una habilidad. Había pasado el tiempo suficiente observándolo como para notar la diferencia.

Me vestí sin prisas. Bishop estaba contando una historia que hacía que Morrison se riera por lo bajo en el borde del círculo. Morrison estaba muy callado últimamente.

Kieran estaba a tres taquillas de distancia, volviendo a ponerle cinta a su palo. Levantó la vista cuando me senté, mantuvo el contacto visual durante un segundo y volvió a su cinta.

Esa fue una conversación completa entre porteros.

Cuando cogí mi bolsa para irme, no miré a ver si Hayes estaba listo. No me hacía falta. Llevábamos saliendo juntos el tiempo suficiente como para que la sincronización fuera instintiva.

—Abbott. —Se puso a caminar a mi lado en el túnel, lo bastante cerca como para que nuestros hombros casi se rozaran. Hacía tiempo que había dejado de fingir que era accidental, por parte de cualquiera de los dos. Podía oler su gel de baño por encima del frío persistente de la pista. Llevaba tres años siendo consciente de ello sin haber hecho un solo comentario al respecto—. ¿Quieres mi barrita de proteínas extra o vas a volver a robármela como una especie de atracador de aparcamientos?

—Voy a robártela —sonreí.

—Al menos eres sincero. —Abrió la cremallera del bolsillo lateral de su bolsa sin detener el paso y me tendió la barrita. Se la cogí; sus dedos estaban cálidos allí donde rozaron los míos.

Salimos a la luz del sol de septiembre. El aparcamiento estaba medio vacío y las paredes de cristal de las instalaciones proyectaban un resplandor sobre el asfalto. Hayes entrecerró los ojos ante la luz y buscó sus gafas de sol. Su todoterreno estaba a tres plazas de mi coche. Siempre lo estaba. A menudo me preguntaba si lo hacía a propósito.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó con naturalidad, como siempre hacía. Como si la respuesta fuera obvia; como si no hubiera ninguna versión del mañana en la que yo no estuviera allí.

—Sí.

Dio dos golpecitos en el techo de mi coche al pasar. No sabía cuándo se había convertido eso en un hábito. Algunas cosas simplemente se convertían en parte de una amistad. No pensabas en ello.

La mayoría de los días, podía dejar de pensar en ello.

—Oye. —Se volvió, con una mano en la puerta de su coche y las gafas de sol puestas. La luz se reflejaba detrás de él y no pude leer su expresión—. Buen entrenamiento hoy. Se te veía en forma.

—Gracias.

—Lo digo en serio. Esa secuencia con el guante en el segundo ejercicio... Kieran no la supo leer así.

Siempre hacía esto: fijarse en cosas específicas. No eran elogios generales. Cualquier otro habría dicho «buen entrenamiento». Hayes decía «esa secuencia con el guante en el segundo ejercicio».

Lo hacía con todos en el equipo. Lo hacía con los novatos, los veteranos, los encargados del material y la mujer que dirigía la cafetería de las instalaciones. Hacía que la gente se sintiera vista, porque realmente los veía.

Yo era solo uno de tantos. Había hecho las paces con eso hacía mucho tiempo.

—Nos vemos mañana, Hayes. —Él sonrió y se subió a su coche.

No me hacía falta, pero lo observé salir del aparcamiento.

Lo hacía todas y cada una de las veces.

Me quedé sentado en mi coche durante un largo minuto y me comí la barrita de proteínas de Hayes. Pensé en Sacramento y en el posible puesto de titular.

2

Jamie

Había treinta y siete personas en la sala, y podría decirte el nivel de comodidad de cada una de ellas sin mirar dos veces.

Los novatos eran fáciles de detectar; no porque parecieran jóvenes, sino porque sostenían sus bebidas con ambas manos y se reían medio segundo tarde en cada broma. Era la noche de orientación. Los Storm las organizaban durante la primera semana de pretemporada: una noche informal en uno de los restaurantes del centro que le gustaban al equipo. Llevaba cuatro años organizándolas, el tiempo suficiente como para que las tareas de anfitrión pasaran de ser una asignación a darse por sentadas. Nadie preguntaba si yo la dirigía. Simplemente lo hacía.

Me gustaba organizarlo. Eso era en lo que la gente se equivocaba conmigo a veces. Conectar con la gente no era un proyecto. Yo hacía que los ambientes fueran cómodos porque los hacía mejores. Me había dado cuenta de eso cuando tenía doce años, viendo cómo la fiesta de cumpleaños de mi hermana mayor se venía abajo porque a nadie se le ocurrió presentar a los dos grupos de amigos entre sí. Me acerqué y dije: «Katie, esta es Dev. También hace gimnasia», y toda la energía cambió.

Esa fue la primera vez que comprendí que algunas personas sabían leer el ambiente y otras no.

Yo sabía.

—Mikkola. —Dejé una cerveza nueva en la mesa frente al novato finlandés, que llevaba cuarenta minutos bebiendo a sorbos de la primera—. ¿Conoces ya a Nico? Nico Varis, finlandés-americano, delantero. También pasó por Saginaw. En años diferentes, pero conoce a toda la misma gente.

Los hombros de Mikkola cayeron un par de centímetros. Ese era todo el trabajo: un par de centímetros de relajación en un chico que había estado en guardia contra la falta de familiaridad de una nueva ciudad, un nuevo equipo y un nuevo lenguaje de bromas internas que aún no se había ganado.

Nico apareció a mi lado como si lo hubieran invocado; cosa que, en cierto modo, era verdad. Le había enviado un mensaje de texto veinte minutos antes. Empezó a hablar con Mikkola en finlandés, y observé cómo cambiaba toda la cara del chico.

Conexión establecida.

Esa era una persona menos comiendo sola en la cafetería de las instalaciones la próxima semana.

Me abrí paso por la sala de la forma en que siempre lo hacía. Todo es reconocimiento de patrones: quién está aislado, quién está hablando pero no está cómodo, quién necesita un puente hacia una conversación en la que no encuentra cómo entrar. Era como leer el hielo. Veías el carril abierto antes de que se abriera.

Theo me encontró junto a la barra y me pasó un brazo por los hombros.

—Estás haciendo tu truco.

—¿Qué truco?

—El truco de Jamie. Ese en el que orbitas por toda la sala y, de algún modo, todos y cada uno de los presentes sienten que han tenido una conversación real contigo.

—Se llama ser amable, Theo.

—Se llama ser un mago. —Se apoyó en mí con la comodidad de haber sido compañeros de equipo el tiempo suficiente como para ser familia. La versión que tenía Theo de la amistad era cálida y de entrega total. Había sido así desde que entró en el vestuario de los Storm como novato y no había tenido el buen juicio de asustarse de Luca Moretti—. ¿Has comido ya?

—Comeré luego.

—Siempre dices eso, y luego comes barritas de proteínas en tu coche a medianoche. —Hizo una seña al camarero—. Dos de lo que él estaba

tomando, ¿y nos puedes traer la carta?

—Estoy bien, Theo.

—Y también vas a comer. —Deslizó la carta por la barra—. Elige algo o pediré por ti. Y ya sabes que elegiré lo más raro que haya.

Pedí una hamburguesa. Era más fácil que discutir con Theo Callahan cuando había decidido cuidar de ti. Además, tenía razón. No había comido desde que Abbott me robó la otra barrita de proteínas al mediodía.

Abbott.

No estaba aquí esta noche. Los porteros suplentes no asistían a la noche de novatos a menos que quisieran, y Abbott rara vez quería estar en grandes eventos sociales. Asistía a los que importaban: cenas de equipo, las noches de barbacoa coreana que yo organizaba, cualquier cosa en la que el vínculo real se formara en grupos más pequeños. Se saltaba aquellos en los que la función principal era llenar una sala de ruido.

Yo entendía eso de él; del mismo modo que entendía que bebía el café solo, pero aceptaba crema si se lo preparaba otro. Su silencio no era ausencia, sino atención. Tenía toda una biblioteca de conocimientos específicos sobre Abbott que había ido acumulando. Era como acumular muebles en una casa en la que has vivido durante mucho tiempo: no todos a la vez, no a propósito, solo pieza por pieza hasta que un día mirabas a tu alrededor y te dabas cuenta de que tu espacio había sido moldeado por alguien que había estado allí todo el tiempo.

Al otro lado de la sala, Luca estaba hablando con uno de los defensas novatos. Incluso en un ambiente informal, Luca cargaba con el peso de un capitán que había salido del armario en la televisión nacional, había ganado una Copa y se había casado con el amor de su vida, todo en menos de un año.

Fue la forma en que Theo lo orbitaba lo que me llamó la atención, sin asediarlo ni depender de él, sino simplemente consciente. Theo podía estar en el extremo opuesto de una habitación y, si Luca se movía, Theo se movía. No era algo consciente. Era simplemente lo que pasaba cuando pertenecías a alguien de una forma tan absoluta que su presencia recalibraba tu conciencia espacial. Observé eso por un momento.

Luego me obligué a parar.

La cena fue terminando alrededor de las diez. Me aseguré de que cada novato tuviera el número de teléfono de al menos un veterano, confirmé la

hora del entrenamiento de la mañana siguiente y salí a la noche de Chicago sintiendo la satisfacción de un ambiente bien gestionado.

Mi teléfono vibró cuando llegué a mi coche.

Abbott: *¿Qué tal ha ido la noche de novatos?*

Yo: *Bien. Mikkola ha conectado con Nico. Creo que el rollo finlandés ayudará.*

Abbott: *Los has emparejado a propósito.*

Yo: *Obviamente.*

Abbott: *Ingeniería social.*

Yo: *Prefiero llamarlo «ser amable».*

Abbott: *Típico de ti.*

Yo estaba sonriendo a mi teléfono en un aparcamiento.

Todo estaba bien.

Simplemente, así eran las cosas. El tipo de humor de Abbott, que aterrizaba con una confianza tranquila porque él sabía exactamente lo gracioso que era, siempre me ganaba. Una vez me había reído demasiado fuerte de un comentario de Abbott en el vestuario, y Bishop me había mirado raro.

No era para tanto. Abbott era gracioso. Yo apreciaba a la gente graciosa.

Abbott: *¿Quieres que te lleve mañana? Paso por delante de tu edificio de todos modos.*

En realidad, no pasaba por delante de mi edificio. Su apartamento estaba en dirección contraria. Llevaba dos años ofreciéndome llevarme, y la excusa de que «pasaba por delante de mi edificio» nunca había sido cuestionada por ninguno de los dos.

Yo: *Claro. ¿A las 7?*

Abbott: *A las 7.*

Conduje a casa y me di una ducha. Me quedé de pie en la cocina durante un minuto, en esa quietud que solo llegaba cuando estaba solo y no tenía que ser nada para nadie.

Mi apartamento era cálido y estaba un poco desordenado. Tenía ese aspecto de lugar habitado que a mí me gustaba. Había libros en la mesa de centro y una manta tirada sobre el sofá desde la noche de cine del fin de semana pasado con Theo y Luca. Los platos todavía estaban en el escurridor.

La taza azul con el asa desconchada estaba en su sitio habitual en el estante. La taza de Abbott. La había lavado hacía dos días, a pesar de que él no había venido en una semana. Siempre la lavaba. Siempre la volvía a poner en el mismo sitio, inclinada de forma que el asa mirase hacia fuera, porque Abbott cogía las cosas con la mano derecha y le resultaba más fácil si el asa ya estaba orientada correctamente.

Abbott me recogió a las siete.

Su coche estaba limpio. Había dos vasos de café en la consola central. Me tendió el que tenía crema y azúcar sin que se lo pidiera.

—Gracias.

Se incorporó al tráfico. El lago arrojaba una luz gris sobre el horizonte, la monotonía nublada de una mañana de septiembre. Condujimos en un cómodo silencio.

En el coche de Abbott, yo no sentía la necesidad de llenar el silencio. Me quedé sentado con el café que me había preparado y me permití relajarme.

Con él no había fingimiento. La calefacción zumbaba. El asiento de cuero estaba caliente gracias a lo que fuera que hiciese Abbott para precalentar su coche. Él pensaba en ese tipo de cosas. El tráfico en Lake Shore Drive era denso y lento, pero a ninguno de los dos nos importaba.

—Oye —dije, en algún punto cerca de la avenida Michigan.

Él miró de reojo. Su perfil contra la luz gris del lago me resultaba tan familiar. Sabía exactamente el aspecto que tenía su mandíbula desde este ángulo, la línea de su nariz, la forma en que sus manos descansaban sobre el volante a las diez y diez.

—¿Alguna vez te cansas de ser bueno en algo que en realidad no te da lo que quieres?

Me miró durante un largo segundo. El semáforo en verde se puso en amarillo y él volvió a mirar a la carretera.

—¿Qué es lo que quieres? —No había esperado que respondiera a mi pregunta con otra.

Podría haber dicho muchas cosas. Podría haber dicho más tiempo de hielo, un puesto permanente en la primera línea, llegar más lejos en los *playoffs*.

Podría haber dicho «no lo sé».

Y habría sido cierto, en cierto modo, porque había algo que yo realmente quería... pero estaba detrás de una puerta en el fondo de mi mente que había cerrado con tanta delicadeza y hacía tanto tiempo que había días en los que olvidaba que estaba ahí.

—Un mejor despliegue —dije—. El entrenador me hace rotar demasiado en la tercera línea. Soy un jugador de primera línea con un sueldo de segunda, y si simplemente se comprometieran a mantener el emparejamiento Moretti-Hayes a tiempo completo, los números hablarían por sí solos.

Abbott se quedó en silencio un instante.

—Eso no es lo que estabas preguntando.

Se me encogió el pecho. Hubo un parón en el ritmo de mi respiración que oculté dando un sorbo al café.

—Claro que sí.

—Vale. —Lo dejó pasar. Siempre dejaba pasar las cosas; no porque me creyera, sino porque entendía que yo no estaba preparado para hablar de ello.

Condujimos el resto del camino en silencio. Debería haber sido incómodo después de que yo esquivara su pregunta. Pero no lo fue. Eso era lo que pasaba con Abbott. Él sostenía el silencio de la misma forma en que otras personas sostenían una conversación.

Entró en el aparcamiento de las instalaciones y aparcó. Apagó el motor y me miró.

—Hayes.

—Sí.

—Por si sirve de algo... —hizo una pausa, eligiendo sus siguientes palabras con cuidado—. Creo que tienes razón en lo de la primera línea.

Eso no era lo que había planeado decir. Lo sabía igual que me sabía su pedido de café y sus costumbres a la hora de aparcar. Había querido decir otra cosa.

—Gracias, Abbott.

El amago de una sonrisa tiró de la comisura de su boca mientras salía del coche.

Me quedé sentado allí durante unos segundos más, sosteniendo un café que había preparado exactamente como a mí me gustaba, y traté de recordar

qué era lo que había querido decir cuando abrí la boca en la avenida Michigan.

La puerta en el fondo de mi mente permaneció cerrada... pero, por primera vez en mucho tiempo, fui consciente de que estaba ahí.

3

Abbott

Nico Varis tenía un gesto que lo delataba cuando veía vídeos de los partidos.

Se inclinaba hacia delante en su asiento, con los codos en las rodillas, y gesticulaba con la boca siguiendo los comentarios en finlandés que escuchaba en su cabeza, la retransmisión privada continua que nunca había sido capaz de reprimir del todo. No sabía que lo hacía. Yo nunca se lo había dicho.

Estábamos en la sala de vídeo, solo nosotros dos, analizando una secuencia de power-play de los *playoffs* de la temporada pasada. Nico había pedido la sesión. Intentaba mejorar su posición en las medias vallas de la derecha, lo cual era una petición lo bastante específica como para que yo la respetara de inmediato. La mayoría de los jugadores pedían cosas vagas: «Hazme mejorar». «Enséñame qué estoy haciendo mal». Nico entró y dijo:

—Mi punto de lanzamiento está unos centímetros demasiado alto en las entradas por las medias vallas contra un penalty kill en paraguas. Enséñame dónde estoy perdiendo tiempo.

La sala de vídeo estaba a oscuras, con asientos de cine, y la gran pantalla arrojaba una luz azul sobre nuestros rostros. Olía al sistema de aire acondicionado y a un leve rastro de café de quienquiera que hubiera usado el espacio por última vez.

Puse la secuencia a media velocidad y señalé.

—Ahí. Estás cargando antes de que llegue el pase. Tu palo ya está preparado cuando el disco aún está en tránsito, lo que le da al jugador del penalty kill una lectura de tu trayectoria.

—Lo veo.

—Carga tarde. Recibe y suelta en un solo movimiento. Tus manos son lo bastante rápidas; no necesitas esa ventaja.

Asintió, con los ojos en la pantalla. Volví a ponerlo. Y otra vez. A la cuarta vez, dijo:

—Hayes hace esto. Carga tarde, suelta rápido. Su mapa de tiros de esa serie fue una locura.

—Hayes tiene unas manos diferentes a las tuyas —dije—. Pero el principio es el mismo. Mírale las caderas aquí.

Puse las imágenes de Hayes porque venían al caso. Nico había preguntado. Casualmente lo tenía guardado en marcadores en el sistema, junto con aproximadamente otros cuarenta clips de Hayes que usaba para diversos fines de estudio de vídeo. Era algo totalmente profesional; en absoluto el equivalente digital del catálogo mental que llevaba a todas partes.

—Ahí —dije, señalando—. Mírale las caderas. No carga hasta que el disco está en la cinta de su palo. El lanzamiento parece rápido porque la preparación es invisible.

Nico lo vio tres veces.

—Sus manos son irreales.

—Su sincronización es irreal. Las manos son buenas. La sincronización es lo que hace que parezcan sobrenaturales.

Sabía esto porque había pasado una cantidad desproporcionada de mi vida profesional estudiando la forma en que Jamie Hayes jugaba al hockey: desde la portería, desde el banquillo, desde esta sala. La diferencia entre un buen jugador y un jugador como Hayes era la brecha entre la intención y la ejecución.

La mayoría de los jugadores pensaban en lo que iban a hacer y luego lo hacían. Hayes se saltaba la parte de pensar. Su cuerpo entendía cosas que su cerebro aún no había procesado conscientemente.

Yo hacía lo mismo en la portería. La diferencia era que nadie miraba a un portero suplente de la misma manera que miraban al hombre que le daba las

asistencias al capitán.

Nico vio el clip una vez más y asintió antes de marcharse.

Me quedé sentado en la oscuridad durante un minuto más, contemplando un fotograma congelado de Jamie Hayes en pleno lanzamiento, con el peso desplazándose a través de sus caderas la milésima de segundo exacta anterior al tiro. Su rostro reflejaba la intensidad que aportaba al juego competitivo. Esta no era la versión de él que aportaba calidez a una habitación, sino la que la atacaba.

Cerré el archivo y encendí las luces. Me quedé allí parado un momento ante la repentina claridad, parpadeando. Mi teléfono vibró.

Era Marty otra vez.

—Sacramento acaba de convertirse en Denver —dijo, sin preámbulos—. Un equipo diferente. Mejor equipo. Quieren a un titular para la próxima temporada y están dispuestos a hablar ya.

—Denver.

—Denver. Los finalistas de la Conferencia Oeste del año pasado. Su número uno se desgarró el ligamento cruzado anterior en el campo de entrenamiento y necesitan a alguien que pueda dar el paso. Tu vídeo de los *playoffs* del año pasado los tiene muy interesados. Esto no es una reconstrucción, Clay. Esto es un aspirante al título.

Me quedé mirando la pantalla en negro. Denver era un aspirante; no un proyecto de reconstrucción en el que yo sería el mejor portero de un mal equipo, sino una organización legítima con infraestructura de *playoffs* y una ventana de oportunidad que estaba abierta en este mismo momento.

—¿Cuáles son los plazos?

—La fecha límite de traspasos. Quieren tener esto solucionado antes de febrero. Si los Storm no igualan o contraatacan, presionarán para llegar a un acuerdo. Estamos hablando de sueldo de titular, Clay. Dos años, tal vez tres, con una cifra que respete lo que vales.

Lo que yo valía. Sabía lo que valía como suplente. Llevaba años calculándolo. La cifra de un suplente se basa en ser fiable y reemplazable, y se define por la brecha entre el titular y tú. Denver se ofrecía a calcular mi valor de forma diferente.

—Necesito tiempo —dije.

—Tienes tiempo. No un tiempo infinito, pero sí tiempo. Piénsalo.

Colgué y volví a sentarme en la butaca de la sala de vídeo. La pantalla estaba oscura. La sala estaba en silencio.

Denver.

Mi primo Marcus había salido del armario a los treinta, después de una década haciendo los mismos cálculos que yo, esos en los que sopesabas el coste de la honestidad frente a la conveniencia del silencio. El silencio seguía ganando. Había pasado años pensando que tenía que estar solo. Yo lo había visto pasar por eso. Había visto el precio que pagaba, cómo se hacía más pequeño al censurarse a sí mismo constantemente.

Yo había hecho mis propios cálculos. Las matemáticas no eran idénticas, pero el principio era el mismo. Algunas puertas eran más fáciles de dejar cerradas.

Había tenido relaciones con mujeres; algunas de ellas, buenas. Kara, en la universidad, era inteligente y directa. Leah después de ella, que duró dos años y se dio cuenta antes que yo de que yo no estaba entregado del todo. «Estás en otra parte», había dicho una noche. No estaba enfadada, solo era observadora. «No sé dónde, pero no estás aquí».

Yo tampoco sabía dónde. No entonces.

Ahora lo sabía. Lo sabía desde hacía tiempo.

Jamie Hayes.

Ahí estaba. Eso que llevaba años ocultando, esperando un momento que tal vez nunca llegaría. Había catalogado cada dato, la risa, los viajes en coche, la taza, cómo se sentía su hombro contra el mío, la cadencia exacta de su voz cuando se suavizaba en su yo privado. Tenía toda esta información y no había hecho nada con ella, porque nunca había tenido suficientes pruebas de que la puerta se abriera por ambos lados.

Denver me pedía que decidiera si aquello importaba.

Me levanté y salí de la sala de vídeo. Morrison se cruzó conmigo en la otra dirección y me saludó con un gesto de cabeza. Le devolví el saludo.

Nuestra cena de equipo (barbacoa coreana) era a las ocho. Hayes la había organizado. Hayes lo organizaba todo. Había enviado un mensaje al chat de grupo cuatro días antes con el restaurante, la hora y una nota que decía Volkov: sí, tienen el cerdo picante que te gusta. Bishop: sí, hay aparcamiento. Mikkola: esto es obligatorio (no realmente, pero también sí realmente).

Ese hombre podría dirigir la operación logística de un país pequeño.

El restaurante era ruidoso y cálido, denso por el humo de las parrillas de las mesas. Hayes había reservado el comedor del fondo y ya estaba allí cuando llegué, acomodando a todo el mundo. Me había puesto a su lado.

Siempre lo hacía.

Éramos doce personas alrededor de una mesa con la parrilla chisporroteando. Volkov estaba discutiendo con Bishop sobre la proporción óptima de carne y arroz. Eriksson le estaba diciendo algo a Theo que hizo que a este se le iluminara toda la cara. Kieran estaba en el otro extremo de la mesa, comiendo y observando la sala. Nico estaba a su lado, y en un momento dado Nico dijo algo en voz baja que hizo que la boca de Kieran se curvara en una tierna sonrisa. Llevaban viviendo juntos casi un año.

El salón bullía con la energía del equipo. Mikkola estaba al final de la mesa, aún un poco inseguro, pero menos tenso que antes. Hayes lo había sentado entre Nico y Eriksson. Estratégico. La conexión finlandesa a un lado y la constante calidez de Eriksson al otro. El chico no sabía que lo habían colocado ahí. Solo sabía que estaba cómodo.

Jamie se manejaba por la mesa, prestando atención y dirigiendo las conversaciones hacia las personas que aún no habían hablado. Se aseguró de que Mikkola tuviera a alguien con quien hablar, y luego pidió más *banchan* porque se había dado cuenta de que Nico miraba el kimchi pero no cogía el último trozo.

En un momento dado se inclinó hacia mí, y su hombro presionó contra el mío.

—Estás muy callado esta noche.

—Siempre estoy callado.

—Estás *más* callado esta noche. Un silencio diferente. —Me estudió con esos ojos que veían tanto de mí—. ¿Todo bien?

Una pregunta directa... viniendo de Hayes, que era el mejor de la liga haciendo preguntas indirectas que conseguían que revelaras cosas que no estabas preparado para compartir. La versión directa significaba que ya se había dado cuenta de algo y me estaba dando la oportunidad de hablar de ello.

—Todo bien. Una larga sesión de vídeo.

—¿Con Nico? Dijo que le estabas ayudando con su punto de lanzamiento.

—Tiene buen instinto. Solo necesita confiar más en sus manos.

—Se te da bien. —Lo dijo con sencillez, de la misma forma en que decía las cosas que eran verdad; no como un halago, sino más bien como una observación—. Lo de analizar los vídeos. Los chicos salen de las sesiones contigo y son mejores. Lo sabes, ¿verdad?

Lo miré. La luz de la parrilla iluminaba su rostro desde abajo, cálida e irregular. Su expresión era genuina: la sonrisa fácil que le dedicaba a todo el mundo. Era solo Jamie, mirándome, viéndome como veía a todo el mundo, que ya era más de lo que la mayoría de la gente se molestaba en ver en alguien.

—Lo sé.

—Bien. —Se volvió hacia la mesa y le gritó a Volkov que dejara de acaparar la panceta de cerdo. Luego rellenó mi vaso de agua con la jarra; sin darle importancia, simplemente haciéndolo, de la misma forma en que hacía cosas por la gente de manera automática, sin preguntar si lo necesitabas. Él ya lo sabía.

Pero era imposible notar la diferencia entre «hace esto por todos» y «hace esto por ti». Porque lo hacía por todos. No había ninguna prueba, ninguna, de que la taza en su estante, o el asiento a su lado en la cena, o la forma en que su hombro presionaba contra el mío fuera otra cosa que no fuera Jamie siendo Jamie.

Me quedé allí sentado en medio del ruidoso equipo siendo consciente de que Denver me estaba ofreciendo lo que había querido durante diez años, y de que el hombre sentado a mi lado, lo bastante cerca como para que yo pudiera sentir su calor corporal, era la razón por la que las matemáticas habían dejado de ser simples.

Y no dije nada.

Y cuando Hayes robó un trozo de carne de mi plato sin preguntar, se lo permití, porque no había ni una sola cosa que Jamie Hayes pudiera quitarme que yo no le diera con gusto.

4

Jamie

El tiro de primera de Luca Moretti era un arma, y jugar en su extremo era como estar de pie junto a un arma cargada con una puntería perfecta.

Ejecutamos la jugada cíclica seis veces en el entrenamiento, y cada vez el disco aterrizó directo en la cinta de mi palo en las medias vallas. Yo ya sabía dónde estaría Luca; tres años jugando juntos habían convertido la coordinación en instinto. No lo busqué con la mirada. Sentí dónde estaba: el desplazamiento del hielo pulverizado, el sonido de sus cuchillas cortando la trayectoria, el ritmo de su zancada que me decía cuándo antes de que pudiera formarse un pensamiento consciente.

En la sexta repetición, le pasé el disco a ciegas. Sin mirar, sin telegrafiar el pase. Solo con el conocimiento de que estaría allí. Y lo estaba. El tiro de primera se estrelló en el fondo de la red.

—Precioso. —Eriksson me dio un golpecito en la espinillera al pasar patinando—. Vosotros dos leéis la mente ahí fuera.

No leíamos mentes. Leíamos cuerpos. Tres años compartiendo tiempo en el hielo significaban que yo conocía el patinaje de Luca igual que conocía el mío: su ritmo, dónde estaban los puntos de presión y dónde se abrían los espacios. Esa era la mejor parte del hockey. La comunión del mismo. Dos personas moviéndose a gran velocidad, de forma independiente, y llegando

al mismo punto al mismo tiempo porque cada una había entendido lo que la otra estaba a punto de hacer.

Me encantaba esta parte de mi trabajo: el tacto de la cinta en mi palo y el sonido que hacía un pase perfecto cuando golpeaba la hoja en plano. El hockey era el único lugar donde leer un ambiente era una habilidad medible, donde ser bueno con la gente se traducía directamente en ser bueno en tu trabajo.

La pista olía a frío y al toque metálico del hielo recién hecho. Las vallas estaban marcadas por una década de discos y cuerpos. Las luces del techo eran implacables. Mostraban cada defecto en tu técnica y cada vacilación en tu zancada. Me encantaba todo aquello. El sonido de las cuchillas cortando el hielo en paralelo, el chasquido de los palos contra los discos, el sonido sordo de un chequeo corporal que resonaba contra el cristal.

Ejecutamos otro ciclo con la segunda unidad, y yo ajusté mi posición, adelantándome medio paso en la zona para crear la línea de pase. Funcionó. Theo me encontró con un pase cruzado y yo rematé de primeras para batir a Kieran por la escuadra; un tiro que pude sentir en las muñecas durante diez segundos después. Kieran me señaló con el blocker, la versión del portero de un asentimiento de cabeza: reconocimiento sin concesión.

El entrenador Reeves hizo sonar su silbato y nos recolocamos. Luca se detuvo a mi lado en las marcas de saque, ambos respirando con dificultad. Durante un momento nos quedamos allí en un cómodo silencio: dos hombres que llevaban haciendo esto el tiempo suficiente como para que las palabras resultaran redundantes.

Entonces él dijo:

—¿Estás bien?

Luca Moretti no desperdiciaba palabras. No lo preguntó como una cortesía social que esperaba el «bien» automático. Le prestó toda su atención, con sus ojos oscuros fijos en mí, esperando la verdadera respuesta.

—Sí. —Hice girar el palo entre mis manos—. ¿Por qué?

Me miró durante un segundo. Sus ojos tenían su propia forma de comunicación. *He notado algo y te estoy dando la oportunidad de decirme qué es. No te presionaré si no quieres, pero lo he visto.*

—Vale. —Volvió patinando al ejercicio. Lo vi marcharse.

Luca había pasado años encerrado en un armario construido por las expectativas de su padre y su propio miedo. Luego salió del armario en la televisión nacional. Ganó una Copa. Se casó con Theo. Ahora vivía con una sensación de calma tras sobrevivir a la única cosa que más miedo le daba.

Él reconocía patrones. Esa era la otra cosa que pasaba con Luca: no solo era el capitán del equipo, sino que lo leía. De la misma forma en que yo leía los ambientes, él leía a las personas. Fuera lo que fuera lo que había visto en mi cara o en mi postura, se había dado cuenta.

No sabía qué había visto. Esa era la parte inquietante, porque yo no era infeliz. No lo estaba pasando mal. Mi vida era buena. Jugaba al hockey en Chicago con gente a la que quería, y tenía un papel en este equipo que era insustituible incluso cuando mi tiempo de hielo no lo reflejara. Tenía amistades que eran las relaciones más profundas y sustentadoras de mi vida adulta. Tenía a Abbott: los viajes en coche, las cenas, el silencio y la cercanía, la sensación de estar junto a alguien que no necesitaba que fueras otra persona que no fueras tú mismo.

Eso era suficiente. Había sido suficiente durante años. Podías querer a alguien sin que supusiera un problema. Podías querer a alguien, amar la amistad tal como era, y elegir la amistad todos y cada uno de los días. Porque la amistad era buena, real y tuya.

Entonces, ¿qué había visto Luca?

El entrenamiento pasó a los ejercicios de tiro. Kieran ocupó la portería del titular como siempre, y los delanteros se alinearon para secuencias de fuego rápido. Pasé por la rotación e hice mis tiros. Le di a la red dos veces y al larguero una. Buenas repeticiones. Mecánica limpia. Era el tipo de entrenamiento que me recordaba que era un jugador de primera línea incluso cuando la hoja de distribución de la plantilla decía lo contrario.

El ejercicio de los suplentes se ejecutaba simultáneamente en el otro extremo. Abbott estaba en la portería.

Yo no lo estaba mirando. Estaba en el banquillo, secándome el sudor de la cara con una toalla y bebiendo agua. Pero había una parte de mi cerebro (la misma parte que rastreaba la temperatura de la sala, las dinámicas sociales y quién no había sido incluido aún en la conversación) que siempre era consciente, en una frecuencia baja y persistente, de dónde estaba Clay Abbott.

Volkov armó el brazo desde el círculo derecho. Fue un buen lanzamiento, alto hacia el lado del guante, el tipo de tiro que batía a los porteros titulares en los partidos de *playoffs*. Abbott lo leyó antes de que Volkov terminara de transferir su peso. Levantó el guante. Cogió el disco al vuelo.

Luego Bishop tiró desde la línea azul. Oculto, fuerte y raso. Abbott se dejó caer en posición de mariposa, estiró la guarda derecha y redirigió el disco hacia el córner con una precisión que no debería haber sido posible a partir de una lectura en frío a través del tráfico. Su posición fue perfecta. Fue una parada que solo podía ocurrir cuando tu cerebro procesaba toda la superficie de hielo simultáneamente y resolvía el ángulo antes de que el tiro abandonara el palo.

Dejé escapar una exhalación aguda, un «Dios» involuntario que salió antes de que pudiera recomponerme. Abbott se estaba levantando y recolocando, centrado ya en el siguiente tirador, procesando ya el siguiente ángulo. Ni siquiera reaccionó. Simplemente volvió a su posición.

Bishop se sentó a mi lado y me oyó exhalar. Me miró a mí, luego a Abbott y luego otra vez a mí.

No dijo nada.

En general, Bishop no era un hombre sutil. Era ruidoso y brusco. Su versión de la amistad implicaba cabezazos y chistes terribles. Pero había momentos en los que Bishop demostraba una perspicacia que te cogía con la guardia baja, una inteligencia silenciosa detrás del exterior de enforcer que no iba anunciando por ahí. Este fue uno de esos momentos. Volvió a mirarme a mí y luego miró a Abbott.

Bebí agua, con la vista clavada al frente. Los compresores zumbaban en lo alto. En el otro extremo del hielo, Abbott detuvo otro tiro; este de Garrett, que tenía un lanzamiento que daba pesadillas a los porteros titulares.

Esto era lo que era Abbott. No era un suplente por déficit de talento. Era suplente porque Kieran Walsh existía. Clay Abbott podría ser un titular en un lugar donde jugara sesenta partidos por temporada e hiciera paradas como esa frente a multitudes que corearían su nombre. El hecho de que hubiera pasado su carrera sentado en los márgenes de los focos de otro era una de esas injusticias en las que los aficionados al hockey nunca pensaban. Yo pensaba en ello constantemente.

—Está teniendo un buen día —dijo Bishop con naturalidad.

—Sí. —Me tembló la voz—. Está teniendo un buen día.

Me cambié en el vestuario después del entrenamiento. A mi alrededor había el ruido y la rutina de siempre. Theo estaba contando una historia sobre Luca intentando montar muebles de IKEA, y la mayor parte del vestuario se estaba riendo. Morrison estaba callado en su taquilla. Había notado que su postura había cambiado en los últimos meses; la forma en que ocupaba menos espacio del que solía ocupar.

Kieran estaba haciendo sus estiramientos posentrenamiento con un enfoque ritualista. Los demás chicos le dejaban espacio. Nico estaba sentado cerca de él; sin tocarse, sin hablar, siendo solo una presencia cómoda en su órbita. Los miré durante un segundo de más y sentí que algo se me tensaba en la garganta.

Abbott estaba a tres taquillas de distancia. Se había quitado las guardas y se estaba poniendo una camiseta gris. Me pilló mirándolo.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Nada. Buen entrenamiento.

—Eso ya lo has dicho.

¿Lo había hecho? Tal vez lo hubiera hecho en el hielo, en uno de esos momentos entre ejercicios en los que hablas sin registrar realmente la conversación.

—Bueno —dije—, vale la pena repetirlo.

La comisura de su boca se movió en lo que casi fue una sonrisa. Sacó su bolsa de la taquilla y caminó hacia el túnel sin mirar atrás. Bishop, supuestamente centrado en su propio equipo, observó cómo yo lo veía irse.

Aparté la mirada y terminé de vestirme.

Salí al aparcamiento, solo por una vez, porque Abbott tenía un compromiso aparte. Eché de menos su hombro junto al mío.

Conduje a casa e hice cena para uno. Dejé la taza de Abbott en el estante donde siempre reposaba, con el asa hacia fuera. No quería pensar en la pregunta de Luca, ni en el silencio de Bishop, ni en el sonido que había hecho cuando Abbott logró esa parada con el guante. No quería pensar en nada de eso.

5

Abbott

El anuncio del viaje llegó el martes. Cinco partidos, tres ciudades, diez días. El entrenador Reeves colgó el calendario en el vestuario. El equipo respondió de la forma en que siempre respondía a los viajes largos: gruñidos de los chicos con familias, sonrisas de los que disfrutaban del servicio de habitaciones del hotel, y un largo y teatral suspiro de Volkov que era sobre todo puro teatro.

Leí el calendario. Primera ciudad, dos partidos. Segunda ciudad, un partido con un día libre. Tercera ciudad, dos partidos. Diez días de autobuses y hoteles sin ningún lugar donde escondernos los unos de los otros.

Ningún lugar donde esconderme de Jamie.

Me quedé a solas con ese pensamiento.

Marty llamó durante el almuerzo. Respondí en el pasillo, fuera de la cafetería, apoyado en la pared y observando al personal de las instalaciones empujar un carrito de lavandería hacia la sala de material.

—Denver se está impacientando —dijo—. Su situación con el suplente no está funcionando. Necesitan una respuesta antes de la fecha límite. Lo ideal sería empezar a hablar con la directiva de Chicago cuanto antes.

—¿Qué es cuanto antes?

—Antes de que te vayas a ese viaje sería lo ideal.

—Para eso faltan cuatro días.

—Lo sé. No te estoy pidiendo que decidas en cuatro días. Te estoy pidiendo que me dejes tener una conversación preliminar con Park. No será vinculante. Solo nos abre la puerta.

Solo abrir una puerta. Me quedé en el pasillo y pensé en las puertas: las que abrías, las que mantenías cerradas, las que habías decidido que no te correspondía cruzar.

—Dame el tiempo que dure el viaje —dije—. Dile a Denver que estoy lo bastante interesado como para seguir hablando, pero necesito dos semanas.

Marty se quedó callado un momento. Era un buen agente. Entendía que a veces el silencio significaba más que las palabras.

—Dos semanas. Se lo diré.

—Gracias.

—Clay —hizo una pausa—. Esta es una oportunidad real. Sueldo de titular. Un candidato al título. Quiero asegurarme de que le estás dando la consideración que merece.

—Lo estoy haciendo.

—De acuerdo. Dos semanas.

Colgué y me quedé en el pasillo un minuto más. El ruido de la cafetería se filtraba por la puerta, el murmullo grave de los atletas comiendo y alguien riéndose demasiado alto.

Hayes. Esa era la risa de Hayes, filtrándose a través de una puerta cerrada.

Kieran y yo estábamos en la sala de material el día antes de la partida. Teníamos nuestro propio ritmo aquí dentro, la taquigrafía de dos porteros que compartían posición y toda la extraña intimidad que eso conllevaba. Le poníamos cinta a los palos en taquillas contiguas. Hablábamos de guardas y ángulos, y de la forma en que había que domar un guante antes de que se sintiera bien. No hablábamos de mucho más; no porque no estuviéramos unidos, sino porque los porteros operábamos en una frecuencia diferente. Nos entendíamos de la misma forma en que se entienden los soldados: a través de la experiencia compartida, no de la conversación compartida.

Él le estaba poniendo cinta a su palo (ese proceso metódico que era mitad preparación, mitad meditación) y yo estaba comprobando las correas de mi peto cuando habló.

—Has estado pensando.

No era una pregunta. Kieran Walsh no se molestaba con preguntas cuando las afirmaciones eran más eficientes.

—Siempre estoy pensando.

—Más de lo habitual. —Mantuvo los ojos fijos en la cinta. Sus manos eran firmes, cada vuelta se superponía a la anterior en la misma medida. Tenía manos de portero: nudillos agrandados y dedos callosos por la cinta, que habían atrapado diez mil discos—. Y estás haciendo esa cosa tuya de quedarte inmóvil cuando no quieres que la gente se dé cuenta de que estás procesando información.

—No sabía que tuviera esa cosa.

—Tienes varias cosas. —Hizo una pausa, aún concentrado en la cinta—. Decidas lo que decidas... No lo decidas por las razones equivocadas.

La sala de material estaba en silencio. Olía al adhesivo de la cinta y a cuero viejo. Al fondo del pasillo, se encendió un compresor.

—¿Cuáles serían las razones equivocadas? —pregunté.

Kieran terminó de envolver la cinta y presionó el extremo hacia abajo, examinando su obra con el ojo crítico de un hombre que encontraba intolerable la imperfección. Luego me miró con la misma expresión que ponía cuando estaba leyendo un dos contra uno y ya había decidido hacia dónde lanzarse.

—Tú sabes cuáles son las razones equivocadas. —Se levantó y dejó la cinta—. Siempre lo has sabido.

Salió.

Esa fue toda la conversación: Kieran Walsh en estado puro. Un único comentario, expresado sin excesos, y luego se fue.

Me senté en la sala de material y pensé en cuáles podrían ser las razones equivocadas. Quedarme por seguridad. Irme por seguridad. Decidir en base al miedo en lugar del deseo. Decidir en base a una puerta que no habías intentado abrir porque te habías convencido de que estaba cerrada con llave.

Pensé en mi primo Marcus. A los treinta años, sentado frente a mí en un bar de Portland tres meses después de salir del armario, me dijo que la parte más difícil no eran las reacciones de los demás. «La parte más difícil», me había dicho, sosteniendo su cerveza con ambas manos, «fueron los años que pasé pensando que tenía sentido, Clay. El silencio era eficiente. Luego un

día cumplí treinta y me di cuenta de que había construido toda mi vida en torno a una variable que nunca había cuestionado».

En los años transcurridos desde entonces, había pensado mucho en eso.

La cuestión era que los cálculos que yo había estado haciendo (los mismos que había hecho Marcus) habían producido resultados consistentemente manejables. Sal con mujeres. Sé la presencia sencilla y fiable en todas partes. No lo compliques. No lo hagas visible.

Hasta que Jamie Hayes empezó a dejarme una taza en el estante y me fijé en la orientación del asa.

Kieran no había especificado las razones equivocadas. No le hizo falta.

La pregunta era la respuesta.

Estuve en el apartamento de Jamie esa misma noche.

Este era nuestro patrón establecido. Pedíamos comida o uno de los dos cocinaba... o, con más frecuencia, Jamie ya había preparado algo. Su cocina siempre estaba abastecida y su instinto siempre era dar de comer a la gente. Su apartamento era un reflejo suyo. Era cálido y estaba un poco desordenado, construido para la comodidad en lugar de para la exhibición.

Había libros en la mesa de centro y una manta en el sofá que llevaba allí desde el invierno pasado. Había fotos colgadas en la nevera: fotos del equipo, una foto familiar con sus cuatro hermanos, una instantánea del desfile de la Copa del año pasado donde se le veía riendo a carcajadas.

La cocina era el corazón de la casa. Jamie se movía por ella abriendo armarios sin mirar. Me tendió una cerveza y luego, sin preguntar, alcanzó el estante que había sobre los fogones y bajó la taza azul con el asa desconchada.

Mi taza.

La llenó con café de la cafetera que ya había preparado. Sabía que prefería el café a la cerveza después de las siete de la tarde. La dejó en la encimera delante de mí, con el asa orientada hacia mi mano.

Envolví la cerámica con ambas manos y sentí cómo el calor se filtraba en mis palmas. La taza era pesada y robusta. Jamie tenía al menos otras seis tazas en aquel armario, pero esta era la que siempre me daba. Siempre reposaba en el mismo sitio del estante, siempre esperando... como si el espacio me tuviera en cuenta incluso cuando yo no estaba allí.

También estaba allí de otras maneras. La nevera tenía mis comidas favoritas, el yogur griego que yo prefería y el agua con gas que bebía. El sofá tenía un cojín en mi lado.

Me permití considerar lo que eso significaba. Jamie Hayes, sin discutirlo nunca, sin nombrar nunca lo que estaba haciendo, había construido un espacio que me incluía. Había aprendido mis hábitos y preferencias y los había integrado en su vida diaria.

Lo estaba haciendo ahora, el chisporroteo de una sartén cortando el cómodo silencio del apartamento. Se había cambiado la ropa de entrenamiento por una camiseta gastada y unos pantalones de chándal, con los pies descalzos sobre las baldosas de la cocina. Hablaba del calendario del viaje, y gesticulaba con todo su cuerpo, con la espátula en la mano, girándose hacia mí cada vez que recalcaba algo.

—Al parecer hubo un problema con las reservas —dijo, ajustando el fuego—. Van a ponernos de dos en dos en algunas habitaciones. A Volkov y Bishop, lo cual debería ser entretenido... y probablemente a nosotros.

—¿Probablemente a nosotros? —dije.

—Bueno, es la pareja obvia, ¿no? —Lo dijo de pasada, deslizando la comida de la sartén a nuestros platos. Tenía los antebrazos bronceados por el verano. Sus manos siempre estaban haciendo algo; ahora mismo, cocinando, pero el movimiento era constante. Nunca se detenía, la manifestación física de un hombre que había nacido para cuidar de las cosas —. A menos que quieras compartir habitación con Mikkola. Mikkola ronca.

—¿Cómo sabes que Mikkola ronca?

—Porque lo sé todo sobre todos en este equipo. —Miró por encima del hombro y me dedicó una sonrisa genuina. Le transformó la cara—. Es mi trabajo.

—No es tu trabajo.

—Es mi vocación. —Se volvió hacia la tabla de cortar—. Ya hemos compartido habitación antes. No es raro.

No era raro. Ya habíamos compartido habitaciones de hotel en viajes antes. El equipo se emparejaba para ahorrar costes, y la pareja de Hayes y Abbott era lo bastante rutinaria como para que nadie la cuestionara.

—No es raro —estuve de acuerdo.

Siguió cocinando. Bebí mi café, maravillándome de que Jamie Hayes hubiera construido, sin saber que lo estaba haciendo, una vida que tenía un

hueco con exactamente mi forma.

Archivé eso en mi mente. Tenía dos semanas y un viaje... y una decisión que cada hora que pasaba era menos simple. El hombre que estaba de pie a poco más de un metro de mí, tarareando desentonado mientras nos preparaba la cena a los dos, era la variable que ninguna cantidad de matemáticas de portero suplente podía resolver.

—Oye, Abbott.

—Dime.

—¿Me pasas la sal? Está detrás de ti.

Me di la vuelta y se la entregué. Nuestros dedos se rozaron en el salero, un cuarto de segundo de contacto.

Su mano estaba caliente por los fogones.

—Gracias —dijo, volviendo a la comida.

La cocina era cálida. El apartamento era cálido. Toda la existencia de Jamie Hayes era cálida, y yo estaba de pie en ella sosteniendo una taza que él había elegido para mí. Pensé en Denver, y en la diferencia entre desear algo durante diez años y permitirte desear algo infinitamente más grande durante una fracción de ese tiempo.

La fracción estaba ganando.

En silencio y sin avisar. Era la forma en que siempre ganaban las cosas importantes: no por la fuerza, sino por acumulación, el constante incremento de pequeños momentos que, individualmente, no significan nada, y que colectivamente lo significan todo. Una taza. Un viaje en coche. Una carcajada en un aparcamiento. Un hombro presionado contra el tuyo en una barbacoa coreana.

Había estado guardando esto durante años, esperando que el momento se resolviera en claridad. Kieran me había preguntado qué estaba decidiendo. La realidad era que ya había decidido. La pregunta era si tendría el valor de decirlo: a mí mismo y al hombre que estaba a un metro de distancia, que no tenía idea de lo que estaba ofreciendo cuando me preparaba el café y me dejaba un espacio en su estante.

Dos semanas.

Un viaje.

Una habitación de hotel.

Las matemáticas estaban a punto de dejar de funcionar por completo.

6

Jamie

Una sola cama.

El hotel era un Marriott en Columbus. El equipo había tomado la quinta planta, duplicando habitaciones porque la directiva había estado reduciendo el presupuesto para viajes desde que entró en vigor el nuevo convenio colectivo. Volkov y Bishop estaban en la puerta de al lado. El sonido amortiguado de Bishop amenazando de muerte a Volkov por una disputa sobre las almohadas se filtraba a través de la pared.

Una cama *king size*. No dos camas *queen*. Ni una suite con sofá cama. Una cama *king*, centrada contra la pared, sábanas blancas, cuatro almohadas y una mesilla de noche a cada lado con lámparas idénticas.

—Error de reserva —dijo Abbott, leyendo la confirmación en su teléfono. Se quedó de pie en el umbral de la puerta con la bolsa colgada de un hombro, mirando la cama.

Eché un vistazo a la confirmación por encima de su hombro. Cama *king* estándar del Marriott. Había visto el formulario de reserva de bloque del equipo, y definitivamente decía doble *queen*. Si esto había sido un error genuino del hotel o la idea de ironía del universo, no sabría decirlo. Y tampoco iba a analizarlo.

—No pasa nada —dijo—. Somos adultos.

—Somos adultos.

—Yo me pido el lado izquierdo.

—Siempre te pides el lado izquierdo.

Eso era cierto. En cada habitación de hotel que habíamos compartido a lo largo de los años (habían sido varias, porque los presupuestos de viaje y nuestra buena sintonía nos convertían en la pareja por defecto), yo me pedía el lado izquierdo. No me había dado cuenta de que él se fijara en eso. Pero claro que lo hacía.

Abbott lo registraba todo.

Deshicimos el equipaje en silencio. Habíamos hecho esto más veces de las que podía contar. Las bolsas fueron a parar al soporte para el equipaje, los artículos de aseo al baño, y los cargadores de los teléfonos reclamaron los enchufes de las mesillas de noche. Abbott colgó su chaqueta en el armario, lo cual me pareció excesivamente tierno. El hombre se iba a quedar tres noches y colgaba su chaqueta como si fuera una residencia permanente.

El viaje había comenzado esa misma mañana. Cogimos el autobús a O'Hare, un vuelo a Columbus y un autobús de enlace al hotel. Doce horas de trayecto empujaron a veinticuatro hombres a una línea temporal compartida de mala comida de aeropuerto, asientos de avión estrechos y el agotamiento del viaje, que hacía que todos estuvieran más callados y fueran más sinceros de lo normal.

En el avión, Theo se había quedado dormido sobre el hombro de Luca. Morrison se sentó solo, con los auriculares puestos. Mikkola miró por la ventanilla con el asombro ojiplático de un novato que nunca había volado en un chárter. Abbott estaba en la fila detrás de mí. Lo había sentido ahí durante todo el vuelo. No me hacía falta buscarlo, simplemente siempre era consciente de su presencia. Era una señal constante de baja frecuencia que yo había dejado de intentar ignorar.

Y ahora estábamos aquí, compartiendo una habitación con una sola cama. Durante diez días.

Yo me duché primero. Salí en pantalones cortos y camiseta, con el pelo aún húmedo, y me encontré a Abbott sentado en el borde de la cama mirando su teléfono. Se había cambiado a un pantalón de chándal y una camiseta gris que era suave. Se ceñía a su cuerpo a la perfección.

—Volkov acaba de enviar dieciséis mensajes al chat de grupo sobre los ronquidos de Bishop —dije, subiéndome a mi lado de la cama. El colchón

se hundió bajo mi peso. Sentí cada movimiento cuando Abbott se subió al otro lado un minuto después—. Al parecer suena como (y cito textualmente): «un oso intentando comerse una moto».

—Preciso. —Abbott se acomodó contra el cabecero, con las piernas estiradas y los tobillos cruzados. Estaba leyendo algo en su teléfono, y la luz azul iluminaba la línea de su mandíbula. En su lugar, yo me puse a mirar al techo—. Lo he escuchado en el avión.

—Todo el mundo lo ha escuchado en el avión.

Abrí el chat de grupo. Theo había respondido a las quejas de Volkov con una cadena de emojis de osos. Bishop había respondido con un único pulgar hacia arriba. Luca no había respondido, lo cual era lo habitual siempre que le fuera posible.

—Theo quiere saber si queremos ir a desayunar antes del entrenamiento de mañana —dije—. Hay una cafetería a tres manzanas hacia el este que tiene unas «tortitas extremadamente mediocres», lo que él al parecer considera un punto a favor.

—Theo consideraría unas tortitas mediocres un punto a favor.

—Viene de una familia que trata el desayuno como un deporte competitivo. Sus estándares son diferentes.

Abbott casi sonrió. Lo capté a la luz del teléfono, el más mínimo cambio en su expresión... de verdad le hacía gracia.

—Claro —dijo—. Tortitas.

Apagó el teléfono. La habitación se quedó a oscuras.

Las cortinas opacas hacían bien su trabajo. La única luz era el tenue resplandor de la pantalla del teléfono de Abbott entrando en modo reposo. El colchón era bueno. Me tumbé bocarriba con las manos detrás de la cabeza, escuchando los sonidos nocturnos del edificio: el ascensor al final del pasillo, el zumbido de la climatización y los graves amortiguados del televisor de alguien a través de la pared.

Abbott estaba inmóvil. Estaba tumbado bocarriba, a un brazo de distancia, respirando acompasadamente. Yo no podía ver su cara en la oscuridad. Pero sí podía sentir su calor, el calor de su cuerpo impregnando el espacio entre nosotros. Era el simple hecho de que hubiera otra persona en mi cama lo que ninguna cantidad de experiencia compartiendo hoteles lograba hacer parecer ordinario.

—¿Puedo preguntarte algo? —pregunté.

—Vas a hacerlo de todos modos.

—¿Pasa algo con tu contrato?

Silencio. Fue la pausa cargada de un hombre que elige entre la evasiva y la verdad. Yo conocía los silencios de Abbott como conocía su humor: por su textura, por su duración, por lo que contenían.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo.

—Porque llevas dos semanas distraído. No de una forma que la mayoría de la gente notaría, pero miras el teléfono más de lo habitual y pones una cara rara cuando lo guardas. Como si estuvieras dándole vueltas a algo.

Esta vez, se quedó callado más tiempo.

—Estoy en mi último año —dijo—. Siempre hay interés.

—Esa no es una respuesta.

—Es la respuesta que tengo ahora mismo.

Debería haber presionado un poco. Se me daba bien presionar, de esa forma amable que no se sentía como una exigencia porque de verdad me importaba. Debería haber dicho: *Puedes contármelo*, o *Estoy aquí si necesitas hablar*, o cualquiera de las cosas que les decía a mis compañeros cuando sentía que había algo debajo de la superficie.

No presioné... porque la oscura habitación de hotel, una sola cama con Abbott a un palmo de mí, no era lo mismo que el vestuario o la mesa a la hora de cenar. Esta era la versión desnuda de un espacio sin ambiente que gestionar, sin temperatura social que leer, sin necesidad de actuar para un público de cero personas.

Éramos solo nosotros... fuéramos lo que fuésemos cuando nadie nos miraba.

—Vale —dije.

—¿No vas a insistir?

—¿Quieres que insista?

Se quedó callado durante un largo momento.

—No esta noche.

—Entonces no esta noche.

Nos quedamos allí tumbados en la oscuridad. Podía oír su respiración. Era consciente de lo cerca que estaba su mano de la mía sobre el colchón; sin tocarse, pero lo bastante cerca como para que yo pudiera sentir el calor de su piel. Lo bastante cerca como para que un movimiento de cinco centímetros cerrara la brecha.

—Hayes.

—¿Sí?

—Lo que me preguntaste en el coche, sobre ser bueno en algo que no te da lo que quieres...

Mi pulso se aceleró, un único latido sordo que sentí en la garganta.

—¿Qué pasa con eso?

—¿Te referías al tiempo de hielo?

La oscuridad lo hacía más fácil, al no tener que controlar mi expresión. Simplemente me quedé allí tumbado y sentí la pregunta, dejando que la respuesta saliera a la superficie cuando estuviera lista.

—Creía que sí —dije.

Él no respondió. No fue un silencio incómodo; los silencios de Abbott nunca lo eran. Ocupaban espacio de la misma forma que su presencia ocupaba espacio, con atención y paciencia, pero sin necesidad de una resolución.

—¿A qué creías que me refería? —pregunté.

—No lo sé. —Su voz sonaba queda. Estaba muy cerca de mí—. Pero no sonaba a tiempo de hielo.

Tenía el pecho oprimido; no me dolía, solo lo sentía lleno, de la misma forma en que se llena una habitación cuando llevas años metiendo cosas en ella sin darte cuenta. Me quedé mirando a un techo que no podía ver.

Pensé en la pregunta que le había hecho, en la pregunta que había debajo de ella, y en la puerta al fondo de mi mente que tanto cuidado había tenido de mantener cerrada.

—Abbott.

—Sí.

—Pase lo que pase con tu contrato... me lo contarías, ¿verdad? ¿Si fuera algo de verdad?

Este silencio fue el más largo hasta el momento. Había hecho la pregunta que importaba en una habitación en la que no había dónde esconderse.

—Te lo contaría —dijo.

Sabía que estaba mintiendo. No con maldad, claro. De la forma en que le mientes a alguien a quien estás protegiendo cuando aún no has resuelto algo. O de la forma en que le mientes a alguien porque la verdad te obligaría a mirar algo que ambos habéis decidido mantener en la oscuridad.

—Vale —dije en voz baja—. Bien.

Nos quedamos tumbados en el silencio. Mi cuerpo estaba cansado del viaje, pero mi mente seguía en marcha. Había algo raro con Abbott. Había estado raro antes del viaje. No lograba averiguar si se trataba de su contrato o de nosotros dos. Tal vez fueran la misma cosa.

La respiración de Abbott se ralentizó hasta quedarse dormido. Me quedé despierto a su lado en la oscuridad, escuchando el sonido del hombre alrededor del cual había organizado toda mi vida.

Me había preguntado si realmente estaba hablando del tiempo de hielo, y yo no había respondido de verdad.

Así era como funcionaba. Así era como había funcionado siempre con nosotros: dos personas tumbadas una al lado de la otra, diciéndolo todo sin decirlo. Cambiar eso era el único riesgo que no me atrevía a correr.

Al final me quedé dormido. Cuando me desperté a las tres de la mañana para ir al baño, Abbott se había girado hacia mi lado en sueños, con una mano descansando sobre el colchón entre nosotros, la palma hacia arriba y los dedos ligeramente enroscados.

No me acerqué para cogerla. Me quedé allí de pie, en la oscuridad, mirándole la mano.

Esto no era nuevo. Era más antiguo que este viaje, más antiguo que esta temporada... más antiguo que la conversación del coche y la taza en mi estante. Había decidido que esto era suficiente. Había hecho las paces con ello. Pero de pie en el umbral de la puerta del baño a las tres de la mañana, mirando la mano de Clay Abbott que se acercaba a mí, me di cuenta de que hacer las paces y vivir la verdad no eran la misma cosa.

Volví a meterme en la cama y me tumbé de lado, observándolo.

7

Abbott

Noche de partido. Segunda ciudad.

Me senté en el banquillo con la equipación completa, con el peso de las guardas en las piernas, el blocker y el guante descansando sobre las vallas, y me puse a ver a los Storm jugar al hockey desde el único ángulo desde el que lo ve un portero suplente: lo bastante cerca para leer la jugada, lo bastante lejos para ser irrelevante.

El pabellón era ruidoso. Columbus estaba haciendo una buena temporada. Sus aficionados se presentaron con una energía que presionaba contra el cristal. Las vallas temblaban con cada choque. El hielo ya estaba picado para el segundo periodo; la superficie castigaba el patinaje perezoso y recompensaba a los jugadores que sabían leer los ángulos.

Hayes estaba haciendo un partidazo.

Estaba en el extremo de Luca, ejecutando el cycle tan maravillosamente que hacía que los medios dijeran cosas como *la conexión Moretti-Hayes se está convirtiendo en una de las mejores asociaciones de la conferencia*. Y lo era. La visión de Luca y el instinto de Jamie creaban carriles de pase que no existían hasta que el disco ya estaba en ellos. Yo seguía cada turno desde el banquillo, leyendo el hielo y procesando el patrón, viendo cómo se desarrollaba el partido con dos movimientos de antelación.

Solo que, con Jamie, también estaba observando otra cosa. La forma en que sus piernas impulsaban un giro. La amplitud de sus hombros dentro de la camiseta. La explosión controlada de su zancada al patinar; todo potencia, seguro de sí mismo sin ser ostentoso. Era efectivo sin exigir atención.

Segundo periodo. Íbamos ganando 2-1. Hayes ganó una batalla contra las vallas en el córner. Podría describirte exactamente cómo lo hizo, usando la parte inferior de su cuerpo para aislar al defensa, y el momento exacto en que cambió su peso para ganar la batalla de palancas. Llevaba años viendo a Jamie Hayes jugar al hockey con una atención que rozaba lo devocional. Robó el disco con un movimiento que era pura habilidad y se la pasó a Theo para la asistencia secundaria en lo que se convirtió en una ventaja de 3-1. Salió del hielo sonriendo, con el casco suelto y el sudor oscureciendo el cuello de su camiseta. Dio un golpecito en las vallas mientras se deslizaba hacia el banquillo.

Eriksson le dijo algo que le hizo reír. El sonido se elevó por encima del ruido del pabellón y se instaló en el centro de mi pecho.

Tercer periodo, 8:47 para el final. Hayes llevó el disco a través de la zona neutral en una jugada de transición, con la cabeza alta, leyendo las trayectorias. Su defensa, un tipo de uno noventa y tres y cien kilos, se alineó con él por el lado ciego.

Yo vi lo que iba a pasar antes que Jamie. Su trayectoria y el ángulo de su aproximación dejaron una fracción de segundo en la que su concentración en la línea de pase dejó su hombro izquierdo expuesto.

El golpe llegó a toda velocidad. Fue limpio, hombro con hombro. La colisión provocó un estruendo que recorrió el pabellón e hizo jadear al público. El palo de Jamie salió disparado en una dirección y su cuerpo en la otra. Se estrelló contra las vallas a toda velocidad.

Cuatro segundos.

Ese fue el tiempo que tardó Jamie en volver a levantarse de un salto, recuperar su palo y patinar hacia el banquillo por su propio pie. Cuatro segundos.

Estaba bien. Había recibido mil golpes como ese en su carrera. Ya se lo estaba sacudiendo de encima, rotando el hombro y gastándole una broma a Eriksson en el banquillo.

Cuatro segundos fue también el tiempo que tardé yo en experimentar algo para lo que no tenía ningún marco de referencia profesional.

Se me entumecieron las manos dentro de los guantes. Era el entumecimiento de la adrenalina propio de quien identifica una amenaza y responde antes de que el cerebro pueda intervenir. Mi visión se redujo al punto de impacto y se quedó ahí incluso después de que Jamie estuviera de pie y patinando. Sentí un vacío en el estómago totalmente desproporcionado en relación con lo que acababa de ocurrir.

Un jugador de hockey había recibido un golpe durante un partido de hockey. Pasaba a menudo. De eso trataba el deporte. Yo había visto cientos de golpes. Entendía de cuerpos, de hielo y de la física de las colisiones.

Aquello no era desapego.

Fueron cuatro segundos de puro terror animal, que esquivó todos los sistemas racionales que me había pasado la vida construyendo y fue directo a un lugar de mi pecho.

Me quedé sentado en el banquillo y recuperé el aliento. Vi a Jamie Hayes bromear con Eriksson sobre el golpe mientras mis manos recuperaban lentamente la sensibilidad dentro de los guantes.

Matemáticas de portero suplente. Llevaba años haciéndolas. La fórmula tenía en cuenta las titularidades y los porcentajes de paradas, los valores de los contratos y las trayectorias profesionales. Nunca tenía en cuenta la forma en que tu cuerpo respondía cuando alguien a quien amabas resultaba herido delante de ti.

Alguien a quien amabas. Ahí estaba. Alguien a quien amaba había recibido un golpe. Yo había experimentado cuatro segundos de terror. Y ahora estaba sentado en un banquillo de la NHL fingiendo ver un partido de hockey mientras mi pulso volvía lentamente a la normalidad.

Me miré las manos.

Eran manos de portero, de nudillos gruesos y callosas por la cinta, diseñadas para exactamente una sola cosa. Había pasado toda mi carrera entrenándolas para reaccionar sin pensar, para procesar la información a la velocidad de un tiro de primera y para responder antes de que la conciencia pudiera interferir. Esta noche, habían respondido al choque de Jamie Hayes contra las vallas de forma tan involuntaria como respondían a un disco.

Los Storm ganaron 4-2. Jamie consiguió un punto.

Estaba bien.

De vuelta en nuestra habitación del hotel, el ritual pospartido era tan familiar como cualquier otra cosa en mi vida: pedir servicio de habitaciones, tirar las chaquetas en la silla del escritorio, quitarnos los zapatos y empezar a relajarnos poco a poco para bajar la adrenalina de la competición.

Jamie se tumbó en la cama. Todavía llevaba puesto el traje de viaje del pabellón, con la corbata aflojada y la camisa por fuera. La luz de la lámpara era cálida contra las sábanas blancas.

—Buen partido —dijo.

—Ese golpe en el tercero me ha hecho temblar hasta los empastes. —Rotó el hombro a modo de prueba—. Su chico sabe patinar. Se lo reconozco.

—No lo viste venir.

—Lo vi venir. Elegí el pase.

—Por encima de la autoconservación.

—El pase era una asistencia principal. La autoconservación no aparece en la hoja de estadísticas. —Sonrió. La sonrisa se desvaneció en algo más suave a medida que terminaba de bajarle la adrenalina—. Pareces tenso.

—Soy portero. Siempre estoy tenso.

—Estás más tenso de lo normal. Has estado más tenso de lo normal en todo este viaje.

Me estaba observando con esa atención cálida y perspicaz. Estaba centrado por completo en mí.

—Ha sido un buen partido —dije de nuevo. La repetición era más segura que la sinceridad.

—Lo ha sido. ¿Sabes qué ha sido raro? Podía sentir que me mirabas desde el banquillo.

Me quedé inmóvil.

—¿Podías sentir que te miraba?

—Estaba trabajando en las vallas y, simplemente... lo sabía. Podía sentir tus ojos en mí. —Lo dijo con naturalidad—. Tú miras de forma diferente a los demás.

—Soy portero —repetí. Se estaba convirtiendo en un patrón de evasión que él iba a notar si lo usaba una tercera vez—. Observar es mi trabajo.

—Ya. —Bostezó y se desperezó. La camisa se tensó sobre su pecho. Yo miré al techo—. Pero no observas a todo el mundo de la misma manera.

No supe qué responder a eso. ¿Qué le iba a decir? *Tienes razón, no lo hago. Te miro de la forma en que te he estado mirando durante años. Esta noche te han dado un golpe y he estado muerto de miedo durante cuatro segundos. Eso me lo ha dicho todo.*

—Te estás quedando dormido —dije en su lugar.

—No me estoy quedando dormido.

Se estaba quedando dormido. Se le cerraban los ojos y tenía la cabeza inclinada hacia atrás contra el cabecero. Su respiración se acompasó.

Me senté en la silla del escritorio y lo vi dormir durante cinco minutos. Diez. La habitación estaba en silencio, excepto por el sonido lejano de la ciudad y el ritmo constante de la respiración de Jamie.

Dormido, parecía diferente. Su lado social se apagaba, y lo que quedaba era solo el hombre: hombros anchos, una mandíbula fuerte y una suavidad alrededor de la boca que aparecía cuando dejaba de sonreír y dejaba descansar el rostro. Era precioso. Jamie Hayes era precioso.

Me permití mirarlo durante treinta segundos más, luego me levanté y crucé hasta la cama. Le puse la mano en el hombro.

—Hayes.

Se sobresaltó, con la sacudida de ser arrastrado de vuelta desde el borde del sueño. Abrió los ojos y, por un segundo desprotegido, se enfocaron en mi cara.

—Métete debajo de las sábanas —dije—. Yo me quedaré en la silla un rato.

—No seas estúpido. —Me agarró de la muñeca. Su agarre era cálido. Su pulgar descansaba contra mi punto de pulso. Sabía que podía sentir mi ritmo cardíaco, que iba a mil por hora—. La cama es lo bastante grande. Somos adultos.

—Ayer dijiste eso mismo.

—Sigue siendo cierto hoy. —Me soltó la muñeca. Sentí su ausencia de inmediato—. Ven a la cama, Abbott.

Apagué la lámpara y me tumbé a su lado en la oscuridad, en el lado derecho; que era mi lado porque el izquierdo era el suyo.

Porque teníamos lados en la cama.

Volvió a quedarse dormido en cuestión de minutos.

Me quedé tumbado en la oscuridad y pensé en esos cuatro segundos de terror.

Y pensé en la sensación de su pulgar contra mi pulso y en la forma devastadora y casual en la que había dicho: *Ven a la cama, Abbott*.

Como si esa frase no contuviera la forma completa de todo lo que siempre había deseado y nunca había pedido.

Denver me estaba ofreciendo un puesto de titular con mi nombre en la espalda de una camiseta que de verdad importaba.

Jamie Hayes estaba dormido a mi lado, con la mano descansando sobre el colchón entre nosotros.

Pensé en la pregunta de Kieran. *¿Qué estás esperando que haga?*

Sabía la respuesta. Estaba esperando que me pidiera que me quedara.

El problema era que Jamie Hayes nunca, en toda su vida, le había pedido nada a nadie.

8

Jamie

La cafetería se llamaba Rosie's. Tenía cabinas de vinilo rojo y una barra con taburetes cromados. La máquina de café parecía más vieja que nosotros dos juntos. El menú estaba plastificado y pegajoso.

Las tortitas eran exactamente tan mediocres como Theo había prometido.

Abbott y yo estábamos sentados uno frente al otro en una cabina de la esquina, a las diez de la mañana de un día libre, en otra ciudad desconocida más. El desplazamiento y la ausencia de todas las estructuras familiares por las que solíamos navegar el uno al otro llevaron nuestra conversación a un lugar al que no había ido antes.

Empezó con el hockey. Siempre empezaba con el hockey.

—¿Cómo quieres que sean los próximos cinco años? —pregunté. Estaba comiendo huevos, y la pregunta parecía segura. Las carreras, los contratos y la planificación eran cosas que dos profesionales de una industria volátil podían discutir sin que significara gran cosa.

Abbott sostenía su taza de café con ambas manos. La taza de la cafetería era blanca e institucional, nada que ver con la azul de mi estante. Miró por la ventana a la calle desconocida. Observé su perfil y esperé. Los silencios de Abbott nunca estaban vacíos. Eran secuencias de carga. Las palabras iban a llegar; simplemente las estaba eligiendo con cuidado.

—Quiero ser titular —dijo—. Quiero ser el elegido; no el suplente. Ni el plan de contingencia. Quiero jugar sesenta partidos y saber que la portería es mía, y que cada partido importa porque soy yo quien está delante de ella.

—Deberías tener eso.

—Lo sé.

—Te lo mereces.

Me miró. La luz de la mañana de la ventana de la cafetería se reflejó en sus ojos.

—¿Cómo quieres tú que sean los próximos cinco años?

Corté mis huevos.

—Quiero estar en la primera línea de forma permanente. Quiero un contrato que refleje lo que produzco. Quiero otra carrera hacia la Copa.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Has empezado por cosas del equipo. —Dio un sorbo a su café. Aportaba franqueza a una conversación que importaba—. Tiempo de hielo. Contrato. Éxito del equipo. Nada sobre el resto de tu vida.

Se me estaban enfriando los huevos. Sin embargo, me los comí, porque tener algo que hacer con las manos resultaba útil cuando Abbott me miraba así, tan concentrado y decidido. Había decidido dejar de permitirme echar balones fuera.

—El resto de mi vida está bien —dije.

—Yo no he dicho que no lo esté.

—Entonces, ¿qué estás preguntando?

Dejó la taza en la mesa.

—Te pregunto si alguna vez has pensado en lo que quieres tú, que no tenga que ver con cuidar de un equipo.

La cafetería estaba lo bastante silenciosa como para poder oír el borboteo de la máquina de café. Sonó una campanilla cuando alguien cruzó la puerta. Eran sonidos matutinos normales. Nada de aquello debería haberme hecho sentir como si el suelo se moviera bajo mis pies.

—Me gusta cuidar del equipo —dije.

—Sé que te gusta. Eres el mejor haciéndolo de todas las personas que he conocido. —Lo dijo sin énfasis, de la forma en que afirmaba cosas que eran simplemente ciertas—. Pero te estoy preguntando por el resto.

—¿Qué resto?

—Hayes. —Dejó la taza—. Tú organizaste la noche de novatos. Tú diriges las cenas de barbacoa. Tú coordinas los eventos benéficos. Los cumpleaños. Tú eres la razón por la que Mikkola no come solo al mediodía. Tú eres la razón por la que Morrison todavía tiene gente dispuesta a sentarse con él. —Enumeró estas cosas no como acusaciones, sino como pruebas—. Tú cuidas de todos. Eres excepcional en eso. Solo pregunto, ¿quién cuida de ti?

Abrí la boca para decir *No necesito que me cuiden*, pero las palabras se disolvieron antes de llegar a mi lengua, porque Abbott había formulado la pregunta de una manera que hacía imposible mi evasiva habitual. No dijo: *¿Tienes gente que se preocupe por ti?* La tenía, obviamente, y en abundancia, sino: *¿Quién cuida de ti?*

Era una distinción fundamental.

—El equipo cuida de mí —dije.

—El equipo te quiere. Eso es diferente.

Era diferente. Tenía razón. Ser querido por un equipo era algo real y sustentador, pero estaba repartido entre dos docenas de personas. Ser cuidado era otra cosa.

Abbott me miró durante un largo momento.

—La parte en la que alguien cuida de ti —preguntó en voz baja.

La campanilla volvió a sonar. El cocinero cantó una comanda. Yo estaba sentado en una cabina de vinilo en una cafetería de una ciudad donde nadie sabía mi nombre y sentí que algo se resquebrajaba: una fina línea de fractura en una superficie que llevaba mucho tiempo soportando peso.

No respondí.

No pude responder... porque, honestamente, nadie cuidaba de mí. Había construido toda mi vida en torno a ser el que cuidaba de los demás. La única persona que se había acercado siquiera a hacerlo estaba sentada frente a mí en este momento.

—Jamie. —Pronunciaba mi nombre de pila con tan poca frecuencia que, cuando lo hacía, siempre calaba de forma diferente.

—Estoy bien —dije. Sonreí; la sonrisa automática, la que gestionaba salas llenas de gente y desviaba la atención. La que impedía que la gente mirara demasiado de cerca.

—Lo sé. —Volvió a coger su café—. Eso no es lo que te he preguntado.

Terminamos de desayunar. Él llegó antes a la cuenta. Abbott hacía eso a veces, pagar el desayuno sin anunciarlo; como si darme de comer fuera una extensión natural de su día. Volvimos caminando al hotel. Hacía un poco de frío, lo normal en una ciudad del Medio Oeste en octubre. Caminamos lo bastante cerca como para que nuestros brazos se rozaran. Una vez. Dos veces. Dejé de contar después de cinco.

El resto del día transcurrió en la suave rutina de un día libre de viaje. Algunos de los chicos fueron al cine. Theo arrastró a Luca a una librería. Estuve intercambiando mensajes con Mikkola sobre el plan de juego para mañana. Abbott se puso a leer en la habitación del hotel; un libro de verdad, uno de bolsillo que había guardado en su equipaje de mano. Porque Abbott se llevaba libros de verdad a los viajes.

Lo vi leer. No se dio cuenta; o si lo hizo, me dejó hacerlo. Estaba sentado en la silla del escritorio con las piernas estiradas y el libro sujeto en un ángulo que captaba la luz de la tarde que entraba por la ventana. Estaba relajado. Su rostro tenía la soltura de un hombre que ha dejado de procesar el mundo y simplemente está viviendo en él.

Esa noche, en el baño del hotel, me estaba lavando los dientes y mirándome en el espejo, pensando en lo que había dicho Abbott: en la forma en que había elegido sus palabras; no *la parte en la que otra persona cuida de ti*, sino *la parte en la que alguien cuida de ti*. La primera versión era un consejo genérico. La segunda versión era una oferta, disfrazada de pregunta.

Tal vez le estaba dando demasiadas vueltas. Se me daba bien leer el ambiente y se me daba bien leer a la gente. El corolario peligroso era que a veces veías cosas que no estaban ahí. A veces, el reconocimiento de patrones generaba falsos positivos. A veces, la persona sentada frente a ti en una cafetería solo te hacía una pregunta normal sobre tu vida y la única razón por la que te golpeaba tan fuerte era porque tú cargabas con algo a lo que tenías miedo de enfrentarte.

Había hecho las paces con mi vida. Tenía treinta años y era un atleta profesional, muy apreciado y con buenos contactos. El equipo se había convertido en mi familia. Tenía un mejor amigo que sabía qué café tomaba y me hacía preguntas que iban más allá de la superficie.

¿Qué más se podía pedir?

La respuesta vino de mi propio cuerpo, de la forma en que el conocimiento físico precede al pensamiento consciente. Lo que quería tenía nombre y rostro. Estaba en la habitación de al lado, ya en la cama, probablemente leyendo algo en su teléfono con las gafas puestas.

Yo no sabía que Abbott usaba gafas de lectura hasta este viaje. Se las ponía por la noche para leer. Eran unas simples monturas de alambre, y le cambiaban la cara de una manera que hacía que mis manos temblaran.

Me agarré al borde del lavabo. La porcelana estaba fría bajo mis palmas. En el espejo, mi expresión se estaba reorganizando, poniéndose una máscara, preparándose para entrar en una habitación y ser la versión de mí mismo que no deseaba nada que no pudiera tener.

Excepto que.

Este viaje... esta habitación, las conversaciones a oscuras, la cama compartida y la cafetería. Abbott había dicho *la parte en la que alguien cuida de ti*, no como una observación, sino como una declaración de intenciones. Me estaba diciendo que existía alguien que haría ese trabajo si yo dejaba de fingir.

Le estaba dando demasiadas vueltas. La única razón por la que golpeaba como una grieta abriéndose era porque mis sentimientos eran cada vez más difíciles de reprimir.

Enjuagué mi cepillo de dientes y apagué la luz. Entré en la habitación donde Abbott estaba, en efecto, ya en la cama con las gafas puestas, leyendo algo en su teléfono.

—Buenas noches, Abbott.

Levantó la vista por encima de las gafas.

—Buenas noches, Hayes.

Me metí en mi lado de la cama.

La parte en la que alguien cuida de ti.

Me quedé tumbado en la oscuridad durante mucho tiempo y escuché la respiración de Abbott.

9

Abbott

El entrenador Reeves me encontró en el vestíbulo del hotel a las nueve de la mañana. Llevaba una tableta y un café. Su expresión me decía que ya había tomado una decisión y que me estaba informando de ella, no consultándomela.

—Walsh se queda en el banquillo esta noche. Partido de descanso. Tú eres titular.

—De acuerdo.

—El saque inicial es a las siete. Estate preparado.

—Estaré preparado.

Asintió una vez y se marchó. Eso fue todo. Reeves no daba explicaciones si la situación no lo requería.

Me quedé en el vestíbulo y pensé en ello. Mi primera titularidad de la temporada; no una salida de relevo, no una sustitución a mitad de partido, no el tiempo de juego que recibe un suplente cuando el titular se lesiona. Una titularidad real y programada. Mi nombre en la hoja del partido y mis guardas en el área, sesenta minutos de hockey en los que yo era la última línea de defensa y el primer responsable.

Pasé el día de forma metódica, con los rituales de portero que había construido a lo largo de los años para las horas previas al saque inicial. Estiramientos. Visualización. Era un ejercicio mental consistente en trazar

las tendencias del equipo contrario: quién tiraba alto, quién iba por bajo, quién telegrafiaba el tiro, quién soltaba el disco tarde. Almorcé solo; algo normal para los porteros en los días de partido, el aislamiento de una posición que te exigía estar dentro de tu propia cabeza antes de poder estar dentro de una portería.

Kieran me encontró en el pasillo, fuera del salón de actos que el equipo estaba usando para la reunión previa al partido.

—Deja de pensar —dijo.

—No he empezado a pensar.

—Llevas pensando desde que Reeves te lo dijo. —Me evaluó como un hombre que sabía exactamente lo que significaba ser titular, porque lo había hecho mil veces—. Eres mejor de lo que te permites creer. Juega como si lo supieras.

Se marchó. Me quedé mirando el lugar donde había estado parado y pensé en lo que le costaba a un titular decirle a su suplente que dejara de tener miedo a ser bueno.

Fui bueno; no solo adecuado, no solo sólido, no solo «lo bastante bueno para ser suplente».

Empezó el partido. Mi cuerpo tomó el control como siempre hacía en la portería, y el procesamiento consciente dio paso al puro instinto reactivo. Era la única cosa que había encontrado que se acercara a lo que Jamie describía como leer el ambiente.

En el primer periodo, hice doce paradas. Dos de ellas eran dignas de los resúmenes de las mejores jugadas: una atrapada con el guante a un tiro de primera desde el círculo izquierdo que supe anticipar por la rotación de la cadera del tirador, y una parada con la guarda a un pase cruzado en el área donde me impulsé desde el poste con una explosión lateral que pareció como si volara. El disco golpeó mi guarda. Sentí que el impacto subía por mi rodilla hasta el pecho. El pabellón se quedó en silencio, de la forma en que los pabellones se quedan en silencio cuando el portero visitante hace algo que no esperaban.

En el segundo periodo, los Storm marcaron dos goles y yo aguanté. Sobrevivimos a un penalty kill en el que hice tres paradas en cuarenta segundos. Luca dio un golpecito con su palo en el hielo al salir de la

inferioridad, que era su forma de decir: *Eso ha sido gracias a ti*. Respiré y me reajusté.

Entre periodos me senté en el vestuario y bebí agua. No dije nada. Escuché el murmullo de un equipo que sabía que tenía un buen respaldo. Eso era lo que hacía un portero: respaldar al equipo. Les dabas la confianza para empujar hacia delante porque confiaban en que tú estarías ahí cuando el empuje fallara.

En el tercer periodo, estábamos empatados a dos tras su gol en power-play. El pabellón era ruidoso y hostil. Los pabellones visitantes se ponían así cuando el equipo local estaba en plena lucha. Su público quería sangre. El edificio vibraba con ella: los pisotones, los cánticos, la agresividad pura de unos aficionados que podían sentir el impulso y querían llevarlo al límite.

Hice paradas imposibles: una escapada en la que leí el amago en los ojos del tirador. El disco salió despedido y el público gruñó. Volví a mi posición sin celebrarlo. Las celebraciones eran para los jugadores de campo. Hubo un desvío que cambió de dirección a dos metros de la portería y mi guante se movió antes de que mi cerebro se lo ordenara. Fue puro reflejo, el instinto grabado en la memoria muscular a lo largo de diez mil horas de práctica. Hubo un tiro oculto a través del tráfico en el que encontré el disco por el sonido, el tono del caucho golpeando la hoja de un palo a gran velocidad, y logré rozarlo con el blocker.

Entre parada y parada, rastreaba el hielo. Vi a la línea de Luca ejecutar el *cycle*. Vi a Jamie peleando contra las vallas en la zona defensiva, usando su cuerpo para proteger el disco, ganando tiempo para el cambio. Vi la forma en que jugaba el equipo, más unidos y más comprometidos. Jugaban con la convicción de que su portero estaba allí, y estaban dispuestos a hacer el trabajo sucio porque sabían que la última línea de defensa aguantaría.

Esa confianza lo era todo. Era algo que nunca había tenido durante sesenta minutos. Era lo que Denver me ofrecía, y lo que había saboreado esta noche. Pero incluso mientras me aferraba a ello, entrelazado con el conocimiento de que Jamie Hayes estaba en el hielo frente a mí, la razón por la que estaba jugando bien esta noche era por él.

Los Storm marcaron el gol de la victoria a falta de tres minutos. Garrett tiró desde la línea azul tras una asistencia de Eriksson.

El resultado final fue 3-2. Treinta y una paradas. Primera estrella.

El vestuario después del partido era el hermoso caos de una victoria fuera de casa, ruidoso y lleno de la energía física que los atletas quemaban a través del ruido y el contacto. Hubo choques de cascos y golpes de palo en el suelo. Volkov intentó abrazarme. Me dejé, que era la única respuesta apropiada a un abrazo de Volkov.

Y entonces, Jamie.

Cruzó el vestuario iluminado desde dentro. Estaba completamente entusiasmado. Su rostro era abierto e incandescente. Nunca me cansaba de verlo así. Se detuvo frente a mí, con una sonrisa tan amplia que parecía que podría dolerle.

—De esto es de lo que hablo. —Su voz resonó por todo el vestuario. Sin gritar, simplemente fuerte, de la forma en que Jamie se ponía cuando algo importaba—. Eso es lo que eres.

Eso es lo que eres.

No lo miré durante tres largos segundos. Clavé la vista en la placa con mi nombre sobre la taquilla y dejé que el comentario reposara entre nosotros. Dejé que se instalara en mi pecho; ese lugar especial donde guardaba las cosas que decía Jamie y que significaban más de lo que él imaginaba.

Eso es lo que eres. No *eso es lo que has hecho*, sino *lo que eres*. La distinción era muy importante. Delante de toda la sala, Jamie Hayes me había dicho que lo que había hecho esta noche no era una excepción. Era la regla. Esto era quien yo era. Simplemente había estado a la sombra de otra persona.

—Gracias, Hayes —dijo mi voz. Sonaba uniforme. A los porteros se nos daba bien sonar uniformes.

Me dio un puñetazo en el hombro, la puntuación de un sentimiento que ya había expresado con la cara.

Se alejó y yo lo vi marcharse.

Pensé en Denver.

En el hotel, más tarde esa misma noche, me senté en el borde de la cama. Jamie estaba en la ducha cuando mi teléfono vibró.

Marty.

—La directiva de Denver ha visto el partido —dijo—. Están extremadamente interesados. La oferta se está formalizando. Estamos

hablando de dos años, tres millones y medio por temporada. Puesto de titular garantizado.

Tres millones y medio al año. Titular garantizado. Era una cifra que alguien como yo, un suplente de carrera, nunca debía escuchar.

—Te llamaré mañana —dijo.

—Clay. Esta es la definitiva.

—Lo sé. Te llamaré mañana.

Colgué. La ducha del baño se apagó. Jamie salió en pantalones cortos, secándose el pelo con la toalla. Aún estaba eufórico por la victoria y por el impulso de un viaje que iba sobre ruedas.

—Treinta y una paradas —dijo, dejándose caer en la cama—. Treinta y una. ¿Sabes cuál es la media de Kieran en una noche de más de treinta paradas? Su porcentaje de paradas cae en el tercer periodo en los partidos con muchos tiros. Tú has estado mejor en el tercero que en el primero.

Él sabía cuál era el porcentaje de paradas de Kieran en el tercer periodo en los partidos con muchos tiros. Sabía que el mío sería diferente.

—Deberías ser titular en algún sitio —dijo Jamie, y no era la primera vez. Pero esta noche, después de lo que había dicho en el vestuario, después de la forma en que me había mirado, su comentario aterrizó en un lugar que ya estaba en carne viva.

—Tal vez —dije.

Me miró. Su expresión se agudizó durante una fracción de segundo (había notado algo) y luego volvió a suavizarse. No insistió. Estaba aprendiendo a no presionarme en este viaje. Había descubierto que lo que sentía era más grande que la simple ansiedad por un contrato.

—Buenas noches, Abbott.

—Buenas noches, Hayes.

Me quedé tumbado en la oscuridad a su lado y pensé en tres millones y medio de dólares y una portería como titular. Recordé su voz cruzando el vestuario. *Eso es lo que eres.*

Yo lo sabía desde hacía tiempo, pero cada vez sonaba más fuerte. Ninguna cifra y ninguna portería en ninguna ciudad del mundo iba a pesar más que el sonido de Jamie Hayes creyendo en mí de esa manera.

10

Jamie

Algo había cambiado.

Me molestaba no ser capaz de identificarlo. A eso me dedicaba. Leía los ambientes. Identificaba las dinámicas. Rastreaba la temperatura social de cualquier espacio y me ajustaba en consecuencia. Pero algo había cambiado entre Abbott y yo en este viaje.

Era el noveno día y el penúltimo partido del viaje, la última ciudad, y el equipo se había asentado en el ritmo de una larga gira. Los viajes en autobús, las habitaciones de hotel y los entrenamientos matutinos se fundían en uno solo.

Estábamos ganando: dos de tres hasta ahora. El ambiente era bueno y la energía, alta. Yo estaba haciendo mi trabajo manteniendo un clima cálido en el vestuario, manteniendo a Mikkola conectado y asegurándome de que Morrison estuviera incluido en las conversaciones sin que resultara obvio.

Estaba en el hielo durante el calentamiento, realizando la rutina previa al partido: estiramientos y patinaje suave. Era el ritual de volver a familiarizarse con una pista de hielo diferente. El pabellón aquí era más antiguo y más pequeño, con unas vallas un poco más blandas y un hielo que estaba una fracción de grado más caliente de a lo que estábamos acostumbrados en casa.

Estaba estirando en el centro de la pista cuando lo sentí.

Abbott estaba en el banquillo, de nuevo como suplente. Kieran había vuelto a entrar. Abbott llevaba la equipación completa, pero sin el casco. Me estaba mirando.

Yo conocía a Abbott, a través de un sentido que no habría podido describir a nadie más. Había estado sintonizado a su frecuencia sin darme cuenta. Su atención se sentía diferente cuando se dirigía a mí, como si yo fuera el único objeto en movimiento en una superficie llena de otros veinticuatro hombres en acción.

Lo supe, de la misma forma en que sabes que el sol te da en la espalda sin verlo. Hice los calentamientos sabiendo que sus ojos estaban puestos en mí. Se sentía cálido... e imposible de ignorar.

El partido fue bueno. Di dos asistencias, una principal y una secundaria. La principal fue un pase al segundo palo para Luca que requirió que aguantara el disco a lo largo de tres zancadas de tráfico denso, absorbiera un *cross-check* de su defensa y soltara el pase en el momento exacto en que se abrió el hueco. La secundaria fue una jugada rota que salvé leyendo el rebote en las vallas del fondo y poniéndoselo a Theo en la cinta del palo antes de que la defensa pudiera recuperarse. Ambas jugadas surgieron de la misma habilidad: ver el patrón antes que nadie.

Mi línea con Luca funcionaba a la perfección. Ejecutábamos jugadas que se sentían menos como coordinación y más como una conciencia compartida. El disco se movía entre nosotros como si supiera cuál era su trabajo. Hubo un momento en el segundo periodo, una jugada de *cycle* que habíamos ejecutado cien veces, en el que levanté la vista y Luca ya se estaba moviendo hacia el lugar donde necesitaba que estuviera. Solté el pase sin mirar. El sonido de su tiro de primera golpeando el fondo de la red fue pura alegría.

No le gustábamos a este pabellón. Nunca le gustábamos al público visitante. Ganamos 4-3 en la prórroga con un gol de Eriksson tras un precioso tiro de muñeca desde la zona alta del *slot*. El silencio que se apoderó del edificio después fue satisfactorio; de la forma en que siempre lo eran las victorias fuera de casa, el silencio de la decepción ajena llenando el espacio donde antes había estado su esperanza.

Y a través de todo ello, en cada turno, en cada batalla contra las vallas, en cada saque neutral y en cada cambio de línea, sentí la atención de Abbott desde el banquillo. No miraba el partido a través de mí. Me miraba a mí

dentro del partido. La diferencia era sutil. Jugué los sesenta minutos enteros más la prórroga sabiendo que sus ojos estaban en mí, zumbando bajo mi piel como un segundo pulso.

La habitación del hotel olía al inconfundible aroma a jabón de la reciente ducha de Abbott y a la comida para llevar que habíamos pedido a primera hora de la tarde. Él estaba en su lado de la cama, leyendo de nuevo un libro de bolsillo, y de nuevo con esas gafas puestas. Yo estaba sentado apoyado en el cabecero con el portátil abierto, fingiendo revisar vídeos del partido.

No estaba revisando vídeos del partido.

Estaba sentado a menos de un metro de un hombre que llevaba todo el día mirándome con una atención que yo ya no podía fingir que era profesional.

—Me estabas mirando durante el calentamiento —dije.

Abbott pasó una página. No levantó la vista.

—Miro a todo el mundo durante el calentamiento.

—No de la misma forma.

Dejó de pasar páginas. No levantó la vista, pero la calidad de su quietud cambió; la diferencia entre estar en calma y contener la respiración.

—¿Cómo te miro? —preguntó, con voz casi ronca.

—No lo sé. Por eso pregunto.

Cerró el libro. Se quitó las gafas y, deliberadamente, dejó ambas cosas en la mesilla de noche. Pensaba antes de contestar. Luego me miró.

—No estoy seguro de poder explicarlo.

—Inténtalo.

Se hizo otro largo silencio. La climatización de la habitación zumbaba. A través de la pared, un televisor murmuraba débilmente. La luz de la lámpara de la mesilla proyectaba calidez sobre el rostro de Abbott. Su expresión era la más abierta que le había visto: no vulnerable, exactamente, pero sí totalmente presente.

—Te miro —dijo lentamente— porque merece la pena mirarte. Esa es la respuesta más sencilla.

—¿Y la respuesta complicada?

—La respuesta complicada es para otro momento.

Sostuvo mi mirada. Tres segundos. Cinco. Podía verle decidir cuánto decir, y pude ver el momento en que decidió no decirlo.

—Abbott.

—Jamie.

Mi nombre de pila otra vez. El peso del mismo.

—¿Estás cansado? —preguntó.

—No.

—Yo tampoco.

Nos quedamos despiertos hasta más tarde de lo que deberíamos. Primero hablamos del partido. El análisis pospartido era un ritual para nosotros, en el que desglosábamos las jugadas combinando nuestras perspectivas. Hablamos del gol de Eriksson en la prórroga y del récord de asistencias de Luca. Tocamos el tema de la cobertura defensiva que había dado problemas a su power-play. Abbott me explicó la lectura de su intento de escapada, y cómo su delantero había telegrafiado el amago. Observé sus manos mientras gesticulaba, la forma en que sus dedos trazaban ángulos en el aire, la forma en que el cerebro de un portero se abría paso por el espacio y la geometría con tanta naturalidad.

Luego se nos acabó la charla sobre hockey y seguimos hablando. Hablamos del último intento de Theo de meter a Luca en clases de cerámica. Hablamos de la continua disputa de Volkov con Bishop sobre el protocolo de las habitaciones de hotel, y de que Mikkola estaba encontrando su lugar, y de cómo la conexión finlandesa con Nico empezaba a parecer una amistad real.

—Eso fuiste tú —dijo Abbott—. Tú los emparejaste.

—Conecté a dos personas que tenían algo en común. No es ingeniería.

—Sí es ingeniería. Lo que pasa es que tú lo llamas «ser amable». —La comisura de su boca se elevó—. Llevas haciéndolo toda tu carrera.

—¿Eso es un cumplido o una crítica?

—Es una observación. —Me miró—. Construyes cosas. Eso es lo que haces. Construyes la infraestructura social del equipo igual que Luca construye su infraestructura competitiva. El equipo no sería lo que es sin ninguno de los dos.

Nadie me había dicho eso nunca. No en esos términos, no enmarcando lo que yo hacía como una contribución estructural equivalente a la del capitán. La gente me valoraba, pero nadie había visto su arquitectura (la construcción deliberada y experta de en lo que se habían convertido los Storm) ni me había reconocido el mérito de constructor.

Abbott sí. Porque Abbott veía las cosas.

Porque Abbott había estado observando.

En algún momento su rodilla tocó la mía. No fue intencionado. Ocurrió cuando dos personas estaban lo bastante cerca como para que los límites entre sus cuerpos se desdibujaran.

Nos quedamos así, hablando, hasta la una de la madrugada, y cuando por fin apagamos la luz y nos tumbamos, el espacio entre nosotros parecía más pequeño.

—Buenas noches, Hayes.

—Buenas noches, Abbott.

Me quedé tumbado en la oscuridad y sentí su calor a través del espacio que nos separaba. Pensé en su respuesta: *Te miro porque merece la pena mirarte*.

Y supe, con una certeza que nunca antes me había permitido, que mañana iba a pasar algo entre nosotros. El aire pesaba demasiado. La habitación tenía demasiada carga. Llevábamos años dando vueltas el uno alrededor del otro. La órbita estaba decayendo, atrayéndonos hacia el centro, y mañana era la última noche del viaje. Fuera lo que fuese eso que habíamos estado gestionando, nos estábamos quedando sin camino.

11

Abbott

Era nuestra última parada del viaje. El último partido era mañana, y después, los autobuses y los aviones nos llevarían de vuelta a Chicago. Volveríamos a un mundo donde el antiguo *statu quo* impondría su ley.

Pero esta noche, la habitación del hotel era cómoda y cálida. Estábamos sentados en la cama con el televisor en silencio y los restos del servicio de habitaciones en el escritorio. Jamie me estaba contando una historia sobre la boda de su hermana; algo sobre un discurso del padrino, un extintor y la cara de su cuñado. Yo me estaba riendo, de esa forma silenciosa que empieza por lo bajo y va a más. Jamie Hayes era la única persona viva que lograba romper de forma infalible mi compostura.

—Agarró el extremo equivocado —dijo Jamie, apoyándose en el cabecero, con el hombro a escasos centímetros del mío—. El extremo equivocado, Abbott. Del extintor. Y en lugar de apagar el mantel, roció la tarta nupcial. Directamente, desde un metro de distancia.

—¿Cómo se agarra el extremo equivocado de un extintor?

—Bajo presión, la gente hace cosas increíbles. —Estaba sonriendo. Aquello hacía que todo su rostro cobrara vida. Lo transformaba de un hombre apuesto a algo a lo que era casi imposible dejar de mirar—. La tarta fue pérdida total. Mi hermana todavía guarda la foto.

—Tu familia suena caótica.

—Mi familia es maravillosa y está completamente loca. Te adorarían. —Lo dijo como si fuera obvio que Clay Abbott encajaría en la familia Hayes de la misma forma en que encajaba en la vida de Jamie—. Te sentarías en un rincón a observar y mi madre intentaría atiborrarte de comida. Mi padre te preguntaría por el hockey y tú dirías la frase perfecta y querrían adoptarte.

Al principio no dije nada. La imagen que había pintado —yo en la mesa de su familia, envuelto en esa calidez que Jamie llevaba consigo a todas partes— se sentía tan fácil que se me hizo un nudo en la garganta.

—Tal vez algún día —dije.

—Tal vez algún día. —Me miró. La sonrisa se suavizó. La expresión que había debajo era puro Jamie: el Jamie que existía cuando dejaba de gestionar al resto del mundo y se limitaba a sentarse junto a alguien en quien confiaba.

Volví a pensar en mi primo Marcus. La versión de sí mismo que le había mostrado al mundo durante tanto tiempo, optimizada para ser aceptada, hasta que el verdadero Marcus emergió a los treinta. Me había dicho una vez, unos meses después de salir del armario, que la parte más difícil no era cómo reaccionaba la gente. La parte más difícil era darse cuenta de la cantidad de energía que había gastado en esconderse. *No sabes lo que pesa hasta que lo sueltas.*

Yo aún no había soltado nada. Todavía lo sostenía.

El televisor parpadeó. La luz azul se movió por las paredes. La habitación estaba en silencio, de la forma en que los hoteles se quedan en silencio a altas horas de la noche.

Habíamos dejado de hablar. No porque nos hubiéramos quedado sin cosas que decir; simplemente, la conversación había llegado a un punto en el que las palabras ya no eran necesarias. Ahora el silencio estaba haciendo el trabajo. Jamie estaba lo bastante cerca como para que yo pudiera oler su jabón y el aroma de su piel. Me había pasado todo el viaje intentando ignorarlo.

Tenía la mano sobre la manta, entre nosotros, descansando con la palma hacia abajo y los dedos sueltos. Le miré la mano. Le había mirado la mano cada noche de este viaje. Me la sabía de memoria: los callos de su palo, la anchura de sus nudillos, la forma en que sus dedos se curvaban cuando

estaba relajado. No había hecho nada durante nueve noches, y cada hora que pasaba resultaba más sofocante.

—Abbott.

Su voz sonaba queda, desnuda.

—Dime.

—Me alegro de que seas mi compañero de habitación en estos viajes.

—Error de reserva.

—Claro. Error de reserva. —Hizo una pausa—. Me alegro de todos modos.

Giré la cabeza para verle mirándome.

La distancia entre nosotros era muy pequeña. Podía ver el color de sus ojos en la penumbra, ardiendo con intensidad. Había dejado de fingir que no me miraba.

Su mano se movió un centímetro hacia la mía sobre la manta.

Yo no me aparté.

Él no intentó alcanzarme. Dejó que su mano descansara ahí, un centímetro más cerca, y me miró con una expresión que recordaría el resto de mi vida: ni anhelante, ni suplicante. Simplemente abierta. Por un momento de vulnerabilidad, dejó de esconderse.

Yo podría haber cerrado la distancia. Podría haber puesto mi mano sobre la suya, y aquello hacia lo que habíamos estado avanzando durante nueve noches —durante años— habría sido real y tangible, y existiría en el mundo físico en lugar de en el privado donde yo lo guardaba.

Uno de los dos se movió, y la distancia se desvaneció. Su cara estaba justo ahí, lo bastante cerca como para leer cada microexpresión. Lo bastante cerca como para poder sentir su respiración contra mi boca.

Mi teléfono sonó.

La pantalla se iluminó en la mesilla de noche. MARTY. 11:47 PM.

Jamie parpadeó. Su expresión abierta se mantuvo durante dos segundos más. Luego se apartó.

Miré el teléfono. Miré a Jamie. Miré el teléfono.

—Deberías cogerlo —dijo Jamie. Su voz sonaba tensa.

Nuestra conexión se esfumó.

Contesté.

—Clay. —La voz de Marty sonaba alerta. No se disculpó por la hora. Los agentes no se disculpaban por las llamadas que cambiaban carreras—.

Denver está formalizando la oferta. Dos años, tres millones y medio por temporada. Titular garantizado. Cláusula total de no traspaso para el primer año. Quieren una respuesta antes de que vueles de vuelta a casa.

Dije las cosas correctas. Hice las preguntas correctas: implicaciones en el tope salarial, estructura de bonificaciones, la mecánica del traspaso por parte de Chicago. Mi voz era tan firme como mis manos. Yo era portero, y los porteros mantenían las manos firmes.

Jamie estaba sentado a mi lado en la cama, escuchando mi mitad de la conversación. Podía sentirlo allí, su calidez y su quietud, su atención indivisa cuando escuchaba.

Colgué y dejé el móvil. Me quedé mirando la pantalla en blanco.

La habitación estaba en silencio. Hacía dos minutos, habíamos estado lo bastante cerca como para sentir la respiración del otro. Ahora estábamos sentados en una cama de una habitación de hotel en una ciudad en la que ninguno de los dos vivía, y la distancia entre nosotros era la más grande que había habido nunca.

—Enhorabuena —dijo Jamie, con voz firme—. Es una oferta increíble.

—Sí.

—Te lo mereces. Sabes que te lo mereces. Después de lo que hiciste hace dos noches (treinta y una paradas, primera estrella), cualquier equipo de la liga debería quererte.

—Sí.

—Sueldo de titular. Un equipo aspirante al título, Abbott. Denver tiene una ventana abierta. Entrarías en ese pabellón y tú serías el elegido. —Estaba haciendo lo suyo, dándome ánimos, diciendo las palabras adecuadas; usando su habilidad social para hacerme sentir visto, valorado y apoyado. Lo estaba haciendo a la perfección—. Eso es todo lo que querías.

Miraba de frente, al televisor silenciado, donde se emitía un programa de *late-night*. No quería mirarme. Mantenía la compostura, mostrando un apoyo perfecto, porque eso era lo que hacía Jamie Hayes.

Pero yo le había visto la cara.

En el momento anterior a contestar el teléfono, en ese segundo suspendido en el que ambos estábamos en el mismo espacio, le había visto la cara. Jamie, en carne viva y expuesto, y había sido tan claro e inconfundible que nada podría hacer que dejara de verlo.

—Deberíamos dormir —dijo Jamie—. Mañana hay un partido importante.

—Sí.

Apagó la lámpara. Nos acostamos, él de su lado y yo del mío. Esta cama compartida se había convertido, a lo largo del viaje, en el espacio más honesto de nuestras vidas.

Ninguno de los dos durmió.

Me quedé tumbado en la oscuridad y escuché la respiración de Jamie.

No era el ritmo acompasado del sueño, sino la medida controlada de un hombre que estaba despierto y se esforzaba mucho por sonar como si no lo estuviera.

Pensé en su cara. Pensé en Denver. Pensé en la pregunta de Kieran. *¿Qué estás esperando que haga?*

Estaba esperando a que él me lo pidiera. Pero Jamie nunca iba a pedirlo. Jamie Hayes se había pasado la vida entera asegurándose de que todos los demás estuvieran bien. Pedir algo significaría admitir que él no lo estaba.

Mañana volveríamos a casa, y yo tendría que decidir qué hacer con el hecho de que Jamie Hayes me amaba, y yo lo amaba a él, y ninguno de los dos lo había dicho.

Y con la llamada telefónica que había llegado en el momento en que podríamos haberlo hecho.

No dormí.

A las cuatro de la mañana, oí que Jamie se volvía hacia mí. Su respiración era irregular; el sonido de un hombre que había renunciado a fingir.

Me quedé quieto y dejé que creyera que yo estaba durmiendo.

12

Jamie

Estaba bien.

En el autobús desde el aeropuerto, los chicos estaban esparcidos por los asientos en diversos estados de agotamiento. Theo estaba dormido sobre el hombro de Luca; Bishop llevaba unos auriculares del tamaño de platos llanos. Mikkola miraba por la ventana el horizonte de Chicago a través del cielo encapotado.

Yo estaba sentado en mi sitio habitual en el centro del autobús. Abbott iba cuatro filas más adelante, con la cabeza apoyada en la ventanilla. No habíamos hablado de la llamada telefónica.

No habíamos hablado de nada que importara. Habíamos jugado el último partido del viaje, una irrelevante derrota por 2-1, y habíamos subido al autobús con un respetuoso asentimiento y una distancia desgarradora.

Estaba bien.

Mostraba mi apoyo. La cuestión es que lo decía en serio. Realmente quería cosas buenas para Abbott. Una persona que amaba a alguien quería cosas buenas para ese alguien. Así era como funcionaba el amor. Le mantenías la puerta abierta a esa persona incluso cuando, al cruzarla, se estaba alejando de ti.

El autobús entró en el aparcamiento de las instalaciones. Hice lo que hacía siempre: comprobé cómo estaba Mikkola, me aseguré de que

Morrison tuviera a alguien que le llevara a casa y confirmé el horario del entrenamiento. El trabajo de mantener a un equipo, eso en lo que yo era bueno, me mantenía lo bastante ocupado como para ignorar lo que había pasado (o lo que no había pasado) entre Abbott y yo.

Pasó por mi lado en el aparcamiento, lo bastante cerca como para que nuestros hombros, en circunstancias normales, se hubieran rozado. Sin embargo, ahora había una nueva distancia que no había estado ahí antes del viaje, y era el espacio más ruidoso del mundo.

—Nos vemos mañana —dijo.

—Nos vemos mañana. —Le repetí sus propias palabras.

Se subió a su coche. Lo vi salir del aparcamiento, algo que llevaba años haciendo. Pero esta noche, se sentía como estar viendo el final de algo.

Hogar.

Mi apartamento estaba igual.

Por supuesto que lo estaba. Los apartamentos no cambiaban porque sus ocupantes se pasaran diez días descubriendo que sus vidas emocionales estaban construidas sobre una falla tectónica.

Me quedé de pie en la cocina durante diez minutos.

No hice nada. No preparé comida. No miré el móvil. No recurrí a las rutinas que normalmente me llevaban de una parte del día a la siguiente. Simplemente me quedé en mi cocina, mirando el escurreplatos junto al fregadero.

La taza azul con el asa desconchada estaba allí, justo donde la había dejado antes del viaje. La había lavado el día antes de irnos. Abbott no había venido. No había ninguna razón para lavarla, pero la había lavado de todos modos porque eso era lo que yo hacía. Lavaba la taza y la ponía en el escurridor para que se secara.

La cogí.

Pesaba en mi mano. Era de cerámica maciza, del tipo que conservaba el calor durante mucho tiempo. Te entraban ganas de envolverla con ambas manos en las mañanas frías. Las manos de Abbott. Abbott envolvía sus largos dedos de portero alrededor de esta taza en mi cocina y hablábamos de todo y de nada. El silencio entre nosotros siempre había sido mi lugar más cómodo.

Abrí el armario y puse la taza en el estante; al fondo, detrás de las demás, donde no sería lo primera que vería cada mañana.

Cerré el armario.

Me quedé allí durante treinta segundos.

Abrí el armario y volví a sacar la taza. La puse de nuevo en el estante en su sitio habitual, con el asa orientada hacia la derecha.

Así estaba mejor.

No podía guardar la taza. Guardarla se sentía como conceder algo, como admitir que el espacio que ocupaba en el estante era opcional. No era opcional. Representaba a Clay Abbott en mi existencia diaria, y retirarla significaba algo a lo que no estaba preparado para enfrentarme.

Hice la cena y me la comí de pie. Vi un episodio de algo; no recuerdo de qué. Me fui a la cama en una cama para una sola persona y me tumbé en el lado izquierdo. El lado derecho estaba vacío... como lo había estado siempre. No pasaba nada.

Estaba bien.

A las dos de la mañana me levanté y deambulé hasta la cocina. Me quedé de pie frente al estante con su taza. Iba a estar bien.

Abbott iba a aceptar la oferta de Denver. Se merecía ser titular y aspirante al título, no el suplente. No un plan de contingencia.

Él se iría y la taza se quedaría en este estante. Yo la lavaría y la volvería a poner en su sitio. Con el tiempo, significaría menos, porque así era como funcionaban las cosas. La importancia de los objetos se desvanecía a medida que la persona a la que representaban se volvía más distante.

Cogí la taza y la sostuve con ambas manos. Estaba de pie en mi cocina a las dos de la mañana, sosteniendo una taza que pertenecía a un hombre que, probablemente, en este mismo instante, estaba tumbado en su propio apartamento sopesando el valor de todo lo que había construido aquí frente al valor de todo lo que le habían ofrecido.

Volví a poner la taza, con el asa hacia la derecha, en su sitio habitual.

13

Abbott

Las instalaciones parecían diferentes después del viaje. No físicamente: las paredes de cristal eran las mismas, el acero cepillado era el mismo. Pero yo me movía por ellas llevando una oferta formal en un bolsillo y el recuerdo de la cara de Jamie Hayes en el otro.

Y ninguno de los dos se estaba volviendo más ligero.

En el entrenamiento, dos días después de nuestro regreso, el ruido del vestuario había vuelto a su volumen normal: alto y profano, tal y como sonaban los equipos de hockey profesional. Jamie y yo estábamos bien. Era una actuación impecable: el saludo cortés con la cabeza en el pasillo y las conversaciones separadas; nuestras órbitas superponiéndose donde siempre lo hacían, pero no donde nos colocara a ambos en el mismo espacio reducido.

Lo observé desde el otro lado del vestuario. Estaba hablando con Mikkola, apoyado en su taquilla con los brazos cruzados. Era esa postura relajada y esa atención que le prestaba a todo aquel con quien hablaba.

No vi ninguna grieta visible, pero le había visto la cara. En esos dos segundos en la habitación del hotel antes de que yo contestara al teléfono, había visto lo que había debajo. Era puro deseo, dirigido hacia mí.

Y el hombre detrás de todo eso iba a apoyar mi traspaso y a desearme lo mejor, porque eso era lo que hacía Jamie Hayes. Cuidaba de la gente. No les

pedía que cuidaran de él.

Entre la sesión matutina de patinaje y la de la tarde, pasé por delante de la sala de fisioterapia. La puerta estaba medio abierta. Bishop estaba en la camilla de la esquina, y Declan (el fisio de manos firmes y concentración profesional) le estaba tratando el hombro. Declan le había rotado el brazo hacia fuera a Bishop, presionando con los pulgares en el trapecio, y la atención de Bishop estaba dispersa. La atención de Bishop nunca estaba dispersa.

Estaba conteniendo la respiración.

—Acumulas tensión en el trapecio —dijo Declan con naturalidad—. Respira.

Bishop respiró hondo, con la mandíbula tensa. Tenía los ojos fijos en un punto de la pared del fondo. Se estaba esforzando mucho por no mirar a la persona que le estaba tocando.

Kieran me encontró en la sala de material.

No me estaba buscando... o, si lo hacía, nunca lo admitiría. Entró llevando su peto, lo dejó en el banco y empezó a comprobar las correas como hacía con todo su equipo. Yo le estaba volviendo a poner cinta a mi palo.

Trabajamos en silencio durante tres minutos: silencio de porteros, el silencio cómodo que no necesitaba que lo llenaran.

—Te quedaste callado durante el viaje —dijo Kieran, sin levantar la vista. Sus manos manipulaban la hebilla de la correa.

—Siempre estoy callado.

—Es diferente, Abbott. —Era la misma observación que Jamie había hecho la primera noche del viaje en la habitación del hotel. Todos a mi alrededor estaban notando lo mismo y yo fingía no verlo—. Pasó algo.

Dejé la cinta.

—Denver ha hecho una oferta formal. Titular. Dos años, tres millones y medio.

Las manos de Kieran se detuvieron en la correa. Levantó la vista hacia mí, entendiendo exactamente lo que significaban esas cifras. Kieran Walsh sabía, mejor que nadie, lo que valía un portero.

—Es una oferta de verdad —dijo.

—Lo es.

—¿Vas a aceptarla?

—No lo sé.

Volvió a la correa y la comprobó. Dejó el peto y se quedó allí de pie un momento.

—¿Recuerdas —preguntó— que te dije que no decidieras por las razones equivocadas?

—Lo recuerdo.

—Voy a hacerte una pregunta. No necesito una respuesta ahora mismo. De hecho, no quiero una respuesta ahora mismo. —Me miró—. ¿Qué estás esperando que haga?

La sala de material estaba muy silenciosa. Podía oír la Zamboni funcionando en la pista de entrenamiento, un sonido amortiguado a través de las paredes. Podía oír mi propia respiración.

—No estoy esperando a que nadie haga nada.

La boca de Kieran se curvó en lo que casi fue una sonrisa. En Kieran Walsh, aquello constituía todo un discurso emocional.

—Vale —dijo. Cogió su peto y caminó hacia la puerta. Se detuvo—. Abbott.

—Dime.

—No te lo va a pedir. —Kieran lo dijo sin darse la vuelta—. Nunca te lo va a pedir. No está hecho así. Si estás esperando eso, esperarás eternamente.

Salió. La puerta se cerró tras él con un suave clic.

Me quedé sentado en la sala de material durante mucho tiempo. Sostuve mi palo entre las manos, miré la cinta que acababa de ponerle y pensé en la pregunta de Kieran. *¿Qué estás esperando que haga?* La respuesta era exactamente lo que Kieran había dicho.

Estaba esperando a que Jamie me lo pidiera. A que dijera algo, a que hiciera algo, a que me mostrara lo que yo había visto en su cara en la habitación del hotel. Estaba esperando una prueba.

Estaba esperando que me diera permiso.

Pero Jamie Hayes no pedía cosas. Cuidaba de la gente y se aseguraba de que nadie se quedara aislado. Ponía tazas en sus estantes para personas que no vivían en su apartamento... y nunca, jamás, en toda su vida, le pedía a nadie lo que él quería.

Estaba esperando que un hombre hiciera algo que era incapaz de hacer.

La espera en sí misma era mi decisión. Yo estaba eligiendo. Me estaba quedando quieto (como siempre hacía), dejando que la inacción se disfrazara de paciencia.

Cogí mi teléfono. No llamé a Marty; aún no. Pero miré la pantalla y pensé en tres millones y medio de dólares y en una portería como titular. Y pensé en el silencio del hombre que me amaba y que nunca lo diría.

Por primera vez, sentí todo el peso de ser yo el que iba a tener que dar el primer paso.

14

Jamie

El apartamento de Luca y Theo era el epítome de lo que ocurría cuando un meticuloso capitán italoamericano y un extremo cálido, caótico y bisexual construían un hogar juntos. Era precioso sin resultar frío, con líneas limpias, colores cálidos y libros por todas partes. Luca mantenía la cocina organizada, y Theo la mantenía abastecida de aperitivos.

La mesa del comedor era lo bastante larga para doce personas. Esta noche éramos ocho. Luca, Theo, Kieran, Nico, Eriksson, Abbott, Volkov y yo.

Yo estaba a pleno rendimiento: la versión de mí mismo que hacía que todo el mundo se sintiera cómodo. Me aseguré de que Nico se sentara cerca de Kieran, de que la copa de Eriksson volviera a estar llena y de que las historias de Volkov tuvieran un público agradecido.

Abbott estaba al otro lado de la mesa. Había llegado con Kieran. Habían estado juntos en las instalaciones; algo relacionado con el equipo. Intenté no pensar en el hecho de que Abbott estuviera haciendo cosas con otras personas que no fuera yo.

Aquello era una novedad. Era algo pequeño; un cambio que nadie notaría, excepto la persona que se había pasado años calibrando su día en torno a otro.

Cocinó Theo. Esto siempre sorprendía a la gente que solo conocía su persona en el hielo, el extremo de ojos dorados que jugaba con una alegría e

imprudencia encantadoras.

Fuera del hielo, Theo Callahan era un cocinero excelente. Había aprendido de su madre, que expresaba su amor a través de la comida. La pasta era casera. La salsa era la receta de su abuela. En un momento dado, Luca se colocó detrás de él frente a los fogones y le puso la mano en la parte baja de la espalda: la intimidad de dos personas que habían dejado de tener cuidado a la hora de tocarse delante de los demás.

La cena fue ruidosa. Volkov contó una historia sobre un bar en Moscú que era (casi con toda seguridad) ficticia. Eriksson describió su verano en Suecia con la tranquila satisfacción de un hombre que echaba de menos su hogar sin ser infeliz aquí. Nico dijo algo en finlandés para sí mismo mientras comía la pasta, y Kieran lo miró de reojo.

Yo seguía el rastro de todo aquello. Lo disfrutaba. Esta era mi gente. La habitación era cálida y la comida era buena. Y yo estaba haciendo lo que hacía siempre: asegurarme de que el ecosistema funcionara.

Abbott me pilló mirándole desde el otro lado de la mesa una vez. La mirada duró un segundo. Su expresión era neutral. No decía nada y lo significaba todo.

Sonreí; mi sonrisa automática.

Él apartó la vista.

Luego se recogieron los platos y Theo sirvió vino. La conversación había pasado a los planes para el fin de semana y a una película que alguien había visto. Era la lenta desconexión de unas personas que pasaban su vida profesional en entornos de alta presión y necesitaban espacios como este para recordar que eran humanos.

Theo se apoyó en el hombro de Luca, de la forma en que llevaba años apoyándose en él. El cuerpo de Theo simplemente había aprendido que el cuerpo de Luca era su posición de descanso por defecto.

—No podría hacer esto sin ti —le dijo Theo a Luca.

No hablaba de la cena. Hablaba de la vida. De todo lo que habían construido juntos: el matrimonio, el hogar, la decisión de ser visibles y estar juntos en un deporte que, no hacía tanto tiempo, exigía invisibilidad.

Lo dijo con sencillez, de la forma en que dices las cosas que son tan ciertas que no necesitan énfasis.

La boca de Luca tembló. Lo cual, en Luca, lo era todo.

Yo lo oí desde el otro lado de la mesa. *No podría hacer esto sin ti.* No iba dirigido a mí. No se trataba de mí.

Hice todas las cosas correctas. Sonreí. Di un sorbo al vino. Le dije algo a Eriksson sobre el próximo calendario de partidos. Pero algo dentro de mí se había quedado completamente inmóvil.

No podría hacer esto sin ti.

Nuestra familia elegida se había estado forjando desde que Luca salió del armario y Theo le amó lo bastante alto como para que lo oyera todo el vestuario. Nuestro ecosistema irreemplazable existía porque cada persona de esta sala había elegido estar aquí, ser vulnerable, dejar que el equipo se convirtiera en algo más que una simple plantilla.

Abbott era parte de ese ecosistema. La presencia silenciosa de Abbott (el observador en la esquina, el hombre que veía las cosas que la gente no sabía que estaba mostrando) estaba entretejida en la estructura de esta sala tan profundamente como la de cualquiera.

Y él estaba pensando en irse. No porque la estructura no importara, sino porque las matemáticas profesionales le decían que se fuera. Y yo le había dicho: *Decidas lo que decidas, estamos bien*.

Estamos bien. La frase más solidaria, generosa e insuficiente del idioma inglés.

Conduje a casa solo. Abbott se había ido con Kieran otra vez. Tal vez fuera solo la deriva natural de dos porteros que compartían posición y un lenguaje privado, o tal vez Abbott estaba creando espacio activamente entre nosotros y yo era el único que podía sentirlo.

Entré en mi garaje y apagué el motor.

Mi coche emitió un leve tictac mientras el motor se enfriaba. En algún lugar por encima de mí, el ascensor zumbó.

Pensé en la marcha de Abbott.

Me permití pensar en ello; pensar de verdad. Pensé en cómo se sentiría este equipo sin él. Pensé en las cenas de barbacoa coreana con un asiento vacío. Pensé en los entrenamientos donde la portería del suplente albergaba las guardas de otro. Pensé en las conversaciones en el vestuario donde el observador silencioso de la esquina era un extraño que no sabía cómo se sentía mi atención cuando aterrizaba en él.

Pensé en la taza. La taza azul descansando en el estante en su sitio, en primera fila, con el asa orientada hacia la derecha. Pensé en lavarla y volver a ponerla allí, sabiendo que la persona a la que estaba destinada estaba en Denver, jugando sesenta partidos por temporada, haciendo paradas en un pabellón en el que yo nunca había estado.

Pensé en el sonido de mi propia voz en la habitación del hotel, dándole la enhorabuena.

Pensé en el coche, semanas atrás. *¿Alguna vez te cansas de ser bueno en algo que en realidad no te da lo que quieres?*

Yo no había sabido a qué me refería cuando lo pregunté.

Ahora lo sabía.

Lo que yo quería era a Clay Abbott. Lo quería a él como la persona que cuidara de mí, como la persona a la que volver a casa, como la respuesta a todas las preguntas que me había dado demasiado miedo hacerme a mí mismo.

Había estado enamorado de él durante años. Había hecho las paces con ello, había construido una buena vida a su alrededor y me había dicho a mí mismo que era suficiente... y había sido suficiente.

Pero ahora ya no lo era. Él se iba y yo estaba sentado en un garaje a las once de la noche sabiendo (sabiéndolo de forma irreversible) que la paz que había firmado era una mentira que me había contado tan bien que me la había creído.

Me quedé sentado en el coche durante diez minutos. No me estaba desmoronando.

Subí a mi apartamento. Me quedé de pie en la cocina y miré la taza. Por primera vez desde que la puse en el estante, comprendí por qué no podía guardarla.

Porque guardarla significaba que se había acabado. Significaba que la posibilidad estaba cerrada, que el espacio en el estante, que el espacio en mi vida que tenía la forma de Clay Abbott, se estaba vaciando voluntariamente.

Y yo no era capaz de hacer eso; no porque fuera débil, sino porque la persona que lo llenaba era real, y el deseo que había pasado años llamando amistad era la verdad más grande y evidente que jamás me había negado a reconocer.

Me quedé en mi cocina, con las manos apoyadas en la encimera y la cabeza gacha. Respiré a través del dolor sordo de haber estado equivocado

sobre mí mismo durante mucho tiempo.

Luego cogí el teléfono y llamé a Luca Moretti.

Contestó al segundo tono.

Se hizo un largo silencio, el tipo de silencio que existía entre dos hombres que habían pasado por suficientes cosas juntos como para que el silencio en sí mismo fuera una forma de comunicación.

—Lo sé —dijo Luca en voz baja.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Lo sé desde el tercer partido de los playoffs de hace dos años. —Su voz era tranquila y segura. Había estado esperando a que yo llamara—. Te lanzaste a por un disco en el córner. Abbott se levantó en el banquillo. Yo estaba en el hielo; lo vi.

—Se levantó.

—Se levantó. Es lo más rápido que he visto moverse a un portero suplente. No había ninguna razón física para ello. Tú estabas a diez metros de la portería. No había ninguna jugada que hacer. Simplemente... se levantó.

Me dejé caer lentamente hasta el suelo de mi cocina, hasta quedar sentado contra los armarios con las rodillas encogidas y el teléfono apretado contra la oreja. La taza en el estante reposaba por encima de mí como una tercera persona en la conversación.

—¿Qué hago? —pregunté. Mi voz sonaba tan pequeñita.

Luca se quedó callado un momento.

—¿Qué hiciste tú? —pregunté.

—¿Cuándo?

—Cuando parecía imposible.

Hubo otro largo silencio. Podía oír a Theo de fondo, el sonido lejano de alguien lavando los platos. Los sonidos normales de una vida que una vez había sido imposible y ahora ya no lo era.

—Casi dejo que Theo se fuera —confesó Luca—. Casi dejo que se fuera de mi vida porque me daba demasiado miedo lo que me costaría elegirlo. Luego decidí que el riesgo de lo imposible era mejor que la certeza de la nada.

¿Lo era? Pero, ¿qué pasaba con la certeza de tener «suficiente», la seguridad de una amistad que era real y sustentadora, y que nunca, jamás,

había tenido la posibilidad de convertirse en lo que yo realmente quería que fuera?

—Se va —dije—. A Denver.

—¿Ha firmado algo?

—Aún no. Pero le ha dicho a su agente que se inclina por aceptar.

—Entonces aún no se ha ido.

—Luca.

—Jamie.

Apoyé la frente en mis rodillas.

—Nunca le he pedido nada a nadie —dije—. No así. No para mí.

—Lo sé. —La voz de Luca era tierna, que no era una palabra que nadie usara para referirse a Luca Moretti en ningún otro contexto—. Por eso importa.

Colgó. O colgué yo. Uno de los dos terminó la llamada y yo me quedé sentado en el suelo de mi cocina durante otros veinte minutos, mirando la taza. Pensé en Luca a punto de dejar que Theo se marchara, y pensé en lo imposible y en lo certero. Pensé en el hombre de aquella habitación de hotel que me había mirado en el segundo antes de que sonara su teléfono. Su cara había dicho todo lo que él nunca diría.

La pregunta era si yo podía hacer lo que nunca había hecho. Si el hombre que cuidaba de todos podría, por una vez, cuidar de sí mismo.

15

Abbott

Se lo dije a Jamie el martes, en una cafetería equidistante entre nuestros apartamentos.

Ya era una desviación de nuestra normalidad: no nos reuníamos en lugares neutrales. Nos veíamos en su casa o en las instalaciones. De todos modos, ya nos veíamos lo suficiente.

Territorio neutral significaba que esto era diferente. Él lo supo cuando le envié la dirección por mensaje.

Ya estaba allí cuando llegué. Estaba sentado en una mesa de la esquina, con un café delante de él y otro esperándome. Había pedido el mío solo. Me conocía. La taza era de un blanco institucional, nada que ver con mi taza azul en su casa.

—Hola —dijo con una sonrisa fácil. Era la actuación completa de Jamie Hayes.

—Hola. —Me senté. Envolví la taza con las manos para que la siguiente parte fuera más fácil—. Tengo que decirte algo.

Su sonrisa no cambió, pero sus ojos sí. Jamie Hayes sabía leer un ambiente, y en este momento me estaba leyendo a mí con toda su atención.

—Denver ha hecho una oferta formal —dije—. Dos años, titular, tres millones y medio por temporada. Cláusula total de no traspaso para el primer año.

Asintió lentamente. La sonrisa había desaparecido, reemplazada por una mirada más seria.

—Es una oferta increíble.

—Lo es.

—Llevas dándole vueltas a esto desde el viaje.

—Llevo dándole vueltas a esto desde antes del viaje. La oferta formal llegó durante el mismo.

—Durante el viaje. —Procesó la información. Vi cómo se daba cuenta de que la llamada telefónica en la habitación del hotel, la interrupción a las 11:47 de la noche, había sido esto—. Esa fue la llamada.

—Esa fue la llamada.

Un destello del deseo que había visto en la habitación del hotel cruzó por su rostro. Y luego desapareció.

—Clay. —El peso de mi nombre de pila en sus labios dolió—. Esta es una oportunidad real. Te mereces ser titular. Lo demostraste. Treinta y una paradas, primera estrella... ese es el tipo de partido que le recuerda a la gente quién eres. Denver se lleva una ganga generacional por esa cifra.

Me estaba dando ánimos, enumerando mis puntos fuertes, haciéndome sentir visto, valorado y digno de lo que me ofrecían. Eso era lo que hacía Jamie Hayes.

—Quería que lo escucharas de mí —dije—, antes de tomar ninguna decisión final.

—Te lo agradezco. —Dio un sorbo a su café. Sus manos estaban firmes. Su voz era firme. Todo en él era firme—. Decidas lo que decidas, estamos bien. Lo sabes, ¿verdad? Estamos bien.

Decidas lo que decidas, estamos bien.

Me quedé asimilando eso por un momento.

Su respuesta era tan equivocada. Era demasiado solidaria. Decía lo correcto sin decir nada. A Jamie Hayes le acababan de decir que su mejor amigo estaba pensando en irse, y su respuesta fue asegurarse de que yo supiera que a él le parecía bien.

No le parecía bien. Yo le había visto la cara. Sabía lo que había debajo de su actuación.

Pero esto era lo único que estaba dispuesto a mostrarme.

—Gracias —dije—. Significa mucho.

—Claro que sí. —Volvió la sonrisa fácil, la que gestionaba a la gente y les hacía sentir como en familia. No mostraba absolutamente nada del verdadero Jamie.

Terminamos el café. Hablamos del calendario de partidos. Hablamos del desarrollo de Mikkola y de la última broma de Volkov, y de cosas mundanas. Me acompañó al coche y dio dos golpecitos en el techo.

Conduje a casa. Me senté en mi apartamento: el espacio mínimo y funcional que había empezado, a lo largo de los últimos años, a mostrar pequeños indicios de otra persona. Una segunda taza que había aparecido en el armario. Un libro que Jamie había dejado en mi estantería y que ninguno de los dos había mencionado devolver. Café en la despensa que yo no bebía.

Decidas lo que decidas, estamos bien.

Era la respuesta equivocada, porque significaba que había decidido no luchar. Había evaluado la situación y había llegado a la conclusión de que lo más generoso y solidario era dejarme marchar. Prefería perderme a arriesgar nuestra amistad pidiéndome que me quedara.

Conocía a Jamie Hayes desde hacía años. Estaba haciendo lo que hacía siempre: cuidar de mí, ser lo que yo necesitaba, anteponer mi comodidad a su propio deseo.

Se equivocaba. Lo que yo necesitaba era que me lo pidiera.

Cogí el teléfono y llamé a Marty.

—Dile a Denver que me inclino por aceptar.

Marty se quedó callado un instante.

—¿Estás seguro?

¿Estaba seguro? Estaba seguro de que Jamie Hayes no iba a pedirme que me quedara. Estaba seguro de que la cara que había visto en la habitación del hotel era real y la respuesta en la cafetería, una actuación.

Yo era un hombre que se había pasado toda la vida eligiendo lo más fácil. Elegir Denver era lo más fácil.

No estaba seguro de estar tomando la decisión correcta, pero estaba seguro de que Jamie había tomado la suya. Había elegido la amistad. No podía seguir esperando ante una puerta que no se iba a abrir.

—Estoy seguro —dije.

—De acuerdo. Se lo haré saber.

Colgué. Miré el libro que Jamie había dejado en mi estantería. Era un libro de bolsillo con las esquinas dobladas y el lomo agrietado, el tipo de libro que dejabas en el espacio de otra persona porque ese espacio también era tuyo.

Me fui a la cama sabiendo que acababa de poner en marcha lo que acabaría rompiéndonos a los dos, y lo había hecho porque el hombre al que amaba no era capaz de pedirme que me quedara.

16

Jamie

Me enteré por Theo.

No por el chat de grupo, ni por Abbott, ni por ninguno de los canales que me habrían dado tiempo a prepararme. Theo lo soltó casualmente en el vestuario, de la forma en que la gente da noticias que no saben que son devastadoras.

—¿Te ha contado Abbott lo de Denver? Kieran ha mencionado que va a aceptar.

Me estaba atando los patines. Mis manos siguieron atando. Mis dedos pasaron el cordón por el ojal, lo tensaron y lo pasaron por el siguiente y por el siguiente. El ritmo era automático, memoria muscular forjada a lo largo de veinte años de hockey. Mis manos siguieron adelante mientras el resto de mí se detenía.

—Sí —tragué saliva—. Me lo mencionó.

—Es un paso enorme para él, ¿verdad? Sueldo de titular. Se lo merece, sobre todo después de ese partido en la gira —dijo Theo con alegría. Veía buenas noticias y respondía a ellas en consecuencia—. Aunque es una mierda perderlo. El vestuario va a ser diferente.

—Sí.

—¿Estás bien?

—Estoy genial. —Terminé de atarme los cordones y ajusté bien ambas botas. Di un par de golpecitos con las punteras contra el suelo—. Listo para patinar.

Entrené. Ejecuté ejercicios. Jugué el partido dentro del partido, leyendo el hielo, encontrando el pase, haciendo las cosas que aportaban valor a este equipo. Estaba concentrado. Esta era la versión de mí que funcionaba al más alto nivel.

Era mi estado por defecto. Todo lo demás era ruido.

Después del entrenamiento me duché y me cambié. Dije las cosas correctas a las personas correctas. Confirmé la próxima cena de equipo con Eriksson. Me interesé por Morrison, que estaba teniendo una semana mejor. Le envié un mensaje a Mikkola sobre el ajuste de un ejercicio.

Luego conduje a casa.

Y entonces, simplemente, dejé de gestionarlo todo. Entré en mi apartamento y cerré la puerta.

Y, sencillamente, me apagué.

Me quedé inmóvil en el pasillo de mi apartamento. No me quité los zapatos. No encendí las luces. Me quedé allí, bajo la luz gris de la tarde que entraba por las ventanas, y me permití sentir lo que llevaba años evitando.

Estaba enamorado de Clay Abbott.

No del tipo «la amistad es suficiente» que me llevaba tanto tiempo repitiendo.

Del tipo real. Del tipo que hace que te duela el pecho y te tiemblen las manos.

Estaba enamorado de él y se iba.

Caminé hasta la cocina. Su taza seguía en el estante. Pensé en todas las mañanas que la había lavado y devuelto a su sitio. En todas las noches que Abbott la había envuelto con sus manos y en todas las veces que me había dicho a mí mismo que tener esto (la taza, la rutina, las tardes tranquilas en mi cocina) era suficiente.

Nunca había sido suficiente. Eso fue lo que por fin me permití aceptar. La paz que había firmado con ello no era verdadera paz. Era la ausencia de honestidad. Era la decisión de no desear algo disfrazada de conformismo.

Pensé en la habitación del hotel.

Durante un segundo suspendido, su cara había estado lo bastante cerca como para poder sentir su respiración sobre la mía.

Pensé en la cafetería. *Decidas lo que decidas, estamos bien.*

Era la frase más solidaria, generosa y cobarde que había pronunciado en mi vida. Las palabras de un hombre que prefería perder a la persona que amaba antes que poner en riesgo la amistad confesándolo.

La voz de Luca al teléfono volvió a mí. *Casi dejo que Theo se fuera. Luego decidí que el riesgo de lo imposible era mejor que la certeza de la nada.*

Yo había construido una casa en torno a eso: a que nuestra amistad era suficiente.

La había amueblado, la había decorado y había invitado a gente. Era cálida y estaba llena. La gente me veía cuidar de todos los demás, y nadie se dio cuenta de que la casa no tenía cimientos.

Eso me habría obligado a decir, en voz alta ante otro ser humano, que yo quería algo para mí.

Volví a dejarme caer al suelo de la cocina. Las baldosas estaban frías.

Comprendí, sentado allí, que este era el momento. Este era el punto de inflexión. Todo lo que había construido, la paz, la vida que había organizado en torno a un amor al que no podía poner nombre, se estaba rompiendo.

Se estaba rompiendo porque la persona en el centro de todo ello se estaba marchando, y yo le había dicho que se fuera.

Le había dicho que se fuera.

Decidas lo que decidas, estamos bien.

Le había dicho a la persona que amaba que se fuera porque decirle que se quedara me habría obligado a decir el porqué.

Habría significado pedir algo, y yo en la vida le había pedido nada a nadie. Pedir significaba desear, y desear significaba riesgo. Era la única cosa que no sabía si podría soportar.

El suelo de la cocina estaba frío. Abbott estaba en algún lugar de esta ciudad, haciendo planes para estar en otra parte; haciendo planes para ser titular de un equipo que no era el mío.

Estaba haciendo planes para dejar el espacio que yo había construido para él (en mi estante, en mi coche, en mi vida) y llenarlo con otra cosa.

A menos que...

La palabra llegó como un tiro al larguero.

A menos que.

A menos que yo hiciera algo imposible. A menos que yo, que nunca pedía nada, pidiera la única cosa que importaba.

No sabía si sería capaz.

Yo era el que le abría la puerta a los demás. No sabía cómo cruzar una yo mismo.

Pero Abbott se marchaba. Y no podía dejarle ir sin luchar.

17

Abbott

Acepté el traspaso el jueves.

Marty se encargó del papeleo. Me senté en mi apartamento y firmé los documentos digitalmente. Sentí un gran vacío mientras veía cómo se subían los archivos. La decisión debería haberse sentido como un comienzo. En su lugar, se sintió como una puerta cerrándose.

Dos años. Tres millones y medio. Titular garantizado. Era lo que había deseado durante una década.

Mi apartamento estaba en silencio.

El libro de Jamie seguía en el segundo estante. No lo había movido.

Le envié un mensaje.

Yo: *¿Puedes venir?*

Tres puntos suspensivos.

Jamie: *¿Cuándo?*

Yo: *Ahora. Si puedes.*

Jamie: *Voy para allá.*

Dejé el teléfono.

Me quedé de pie en la cocina y miré a mi alrededor. Jamie aparecía mirara donde mirara. La taza verde del armario que había comprado sin decidirlo conscientemente, del mismo tamaño y peso que la azul de la cocina de Jamie. El café que yo no bebía. El agua con gas que apareció en

mi nevera de la misma forma en que Jamie aparecía en cada espacio que ocupaba.

Se lo iba a decir en persona. Ese era el plan. Le debía una conversación sincera, cara a cara, porque esto iba a cambiar nuestras dos vidas. Le debía eso.

Le debía más que eso, pero esto era lo que tenía.

Excepto que no paraba de volver a las palabras de Kieran. *Nunca te lo va a pedir. No está hecho así.* No paraba de volver a la expresión de Jamie en la habitación del hotel, y a la cafetería donde había dicho, *Decidas lo que decidas, estamos bien*, con la voz de un hombre al que su propia generosidad estaba destruyendo.

Había aceptado el traspaso porque Jamie no me había pedido que no lo hiciera.

Y, sentado en mi apartamento, esperando a que sonara el telefonillo, comprendí con total claridad que aquella era la decisión más estúpida que había tomado en mi vida.

No porque Denver estuviera mal. Denver era lo correcto (profesional y económicamente) en todos los sentidos cuantificables. Pero no había tomado la decisión basándome en mediciones; la había tomado basándome en la ausencia del permiso que había estado esperando, en esa única palabra de Jamie que habría cambiado la ecuación. La había tomado porque el hombre que yo amaba no había luchado por mí, y lo había tomado como prueba de que no había nada por lo que luchar.

Pero yo le había visto la cara.

Su cara lo decía todo, suspendida en ese segundo antes de que sonara el teléfono. Había perdido su capacidad para fingir, y lo que había debajo era tan claro e inconfundible que lo había llevado en el pecho durante semanas como un segundo latido.

Había aceptado el traspaso. El papeleo estaba presentado.

Me senté en mi sofá y esperé.

Sonó el telefonillo. Crucé hasta el interfono, pulsé el botón y abrí la puerta del edificio. Los pasos en el pasillo eran rápidos; más rápidos que el habitual paso pausado de Jamie. Casi venía corriendo.

Abrí la puerta del apartamento.

Estaba de pie en el pasillo, vestido con unos vaqueros y una chaqueta que se había puesto a toda prisa. Llevaba el pelo revuelto de pasarse las manos

por él. Era un gesto de estrés que nunca le había visto hacer hasta esta noche.

Parecía un hombre que se había quedado sin formas de estar bien.

Tenía los ojos brillantes; no por las lágrimas, sino por la intensidad de haber tomado una decisión sin tener tiempo para preparar una actuación a su alrededor. Tenía la mandíbula tensa.

—No te vayas —dijo.

Solo tres palabras, desnudas y directas, despojadas de todo.

No te vayas.

Me quedé en el umbral de mi apartamento y miré a Jamie Hayes. Se había pasado toda la vida cuidando de todo el mundo y sin pedir nada.

Ahora estaba pidiendo algo por primera vez: de pie en el pasillo con una chaqueta que se había puesto a toda prisa, con el pelo revuelto y habiendo perdido la compostura, su cara lo mostraba todo. El deseo, el miedo, la esperanza desesperada de un hombre que por fin había decidido ir a por lo que quería.

—Te vi la cara —dije—, en la habitación del hotel antes de contestar el teléfono.

Se quedó inmóvil.

—Lo sé.

—No ibas a decir nada.

—No.

—¿Por qué no?

Cogió aire.

—Porque estaba bien. Te tenía a ti y eso era... Era suficiente. Tenerte en mi vida, en la forma que fuera, a la distancia que fuera, eso era suficiente. Hice las paces con ello hace años. Y entonces te ibas y... de repente, ya no era suficiente.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo dejó de ser suficiente? —Casi sonrió—. Creo que dejó de ser suficiente el día que me di cuenta de que no podía guardar tu taza. Lo intenté. La metí en el armario. La volví a sacar. La metí en el armario otra vez. Me quedé de pie en mi cocina a las dos de la mañana sosteniendo una taza que te pertenece. No podía guardarla, porque guardarla significaba dejarte ir.

Se me hizo un nudo en la garganta. Mis manos estaban firmes (los porteros siempre tenían las manos firmes), pero el resto de mí estaba muy lejos de estarlo.

—Acepté el traspaso —dije.

—Lo sé. Theo dijo que pensabas hacerlo.

—El papeleo ya está presentado.

—Me da igual —dijo con una certeza visceral—. Me da igual el papeleo. Me importas tú. Te lo estoy pidiendo... —Tragó saliva—. Te lo estoy pidiendo, Abbott. Nunca en mi vida le he pedido nada así a nadie. No te vayas.

Retrocedí desde el umbral.

Jamie entró.

La puerta se cerró a su espalda.

El apartamento estaba en silencio. Estábamos de pie en mi pasillo, a medio metro de distancia, y todo lo que habíamos construido se estaba desmoronando.

Lo que quedaba éramos solo nosotros. Solo eso que ambos habíamos sabido y que ninguno de los dos había estado dispuesto a reconocer en voz alta.

—Llevo años observándote —dije en voz baja—. Sé cómo suena tu risa cuando es real. Sé cómo cambia tu cara cuando estás cansado en comparación con cuando finges que tienes una energía que no tienes. Sé qué hombro se te tensa después de los partidos largos y sé que te quedas callado en el coche. Sé el momento exacto en el que decidiste que lo que teníamos era suficiente, porque lo vi ocurrir. He estado esperando a que cambiaras de opinión desde entonces.

—Ya estoy aquí.

—Jamie. —Pronuncié su nombre—. Acepté el traspaso porque no me pediste que no lo hiciera. Esa es la única razón.

Me miró durante un largo momento. La distancia entre nosotros era de medio metro, y se iba acortando.

—Te lo estoy pidiendo —dijo—. No te vayas.

La distancia entre nosotros desapareció. Levantó la mano y me tocó un lado de la cara con dedos temblorosos. Giré la cabeza hacia su palma y me deleité con el calor de la misma contra mi mandíbula, cerrando los ojos.

Apoyó la frente contra la mía. Nos quedamos allí, y el sonido de nuestra respiración era el único ruido en el apartamento.

—Quédate —susurró, con la boca casi pegada a la mía.

—Me quedo.

Me besó.

La primera vez que Jamie Hayes me besó, fue con la delicadeza de un hombre que hace por primera vez algo que lleva años queriendo hacer. Sus labios eran suaves, su mano seguía en mi cara, y se apartó un centímetro.

—Hola —dijo, como si nos estuviéramos conociendo por primera vez.

—Hola.

—Debería haber hecho esto hace mucho tiempo.

—Sí —dije—. Deberías haberlo hecho.

Se echó a reír. Empezó en su pecho y llenó la habitación.

Lo volví a besar, porque el sonido de Jamie Hayes riendo en mi apartamento era el mejor sonido que había escuchado nunca... y ya había terminado, permanente y completamente, de fingir lo contrario.

18

Jamie

Estaba besando a Clay Abbott y el mundo no se había acabado.

Eso fue lo primero de lo que fui consciente: de que eso que llevaba años decidiendo que era imposible estaba ocurriendo de verdad.

Su boca estaba sobre la mía. Su mano se movió hacia la parte de atrás de mi cuello, y el contacto (su palma contra mi nuca, sus dedos en mi pelo) envió una oleada de calor por mi columna vertebral tan intensa que casi me fallaron las rodillas.

Sintió que me tambaleaba, y su otra mano buscó mi cadera y me estabilizó. Llevaba años prestando atención a mi cuerpo y sabía exactamente lo que necesitaba antes que yo.

—Dentro —dije contra su boca—. Deberíamos entrar.

—Estamos dentro. —Medio se rio contra mí.

—Más adentro. Lejos de la puerta.

Se apartó lo suficiente para mirarme. Sus ojos estaban más oscuros de lo que los había visto nunca; tiernos y centrados por completo en mí.

Me cogió de la mano y me guio desde el pasillo hacia el interior del apartamento. Su apartamento, que yo conocía como la palma de mi mano, parecía diferente esta noche.

—No tengo ni idea de lo que estoy haciendo —dije, siendo totalmente sincero. Llevaba años deseando a este hombre y ni una sola vez me había

permitido imaginar tenerlo de verdad. El deseo había sido abstracto, encerrado tras la puerta que había mantenido cerrada. Ahora la puerta estaba abierta de par en par y yo estaba de pie al otro lado. Resultaba abrumador de la mejor (y más aterradora) de las maneras.

—Yo sí —dijo Abbott con sencillez.

—Tú sí.

—He tenido mucho tiempo para pensar en ello. —La comisura de su boca se curvó hacia arriba—. Años, de hecho.

—Años.

—Jamie —susurró, dando un paso más cerca. Su mano buscó la parte delantera de mi chaqueta y le bajó la cremallera lentamente—. Sé qué hombro se te tensa después de los partidos. Sé que pasas más calor por el lado izquierdo. Sé que acumulas tensión en la mandíbula cuando intentas no sentir algo. —Me empujó la chaqueta por los hombros y esta cayó al suelo —. Te conozco.

La sencillez de la frase rompió algo dentro de mi pecho. No fue la rotura dramática de una presa; fue la liberación silenciosa y sostenida de una presión que se había estado acumulando durante años. Me conocía. Me había estado observando igual que yo a él. Por primera vez en mi vida adulta, me sentí total y completamente visto.

—Me conoces —dije, con voz ronca. Mis manos buscaron el dobladillo de su camiseta.

Se la saqué por la cabeza y la dejé caer al suelo. Me permití mirarlo; mirarlo de verdad, sin las cautelosas miradas de soslayo del pasado. Lo que vi fue al hombre junto al que había estado de pie durante años y al que nunca me había permitido ver por completo.

Era esbelto y definido, con una complexión de portero: todo funcionalidad y sin adornos. Tenía una cicatriz en el hombro izquierdo de la que yo no conocía la historia. La quietud de su cuerpo, incluso ahora con mis manos sobre su piel desnuda, era la forma más profunda de atención.

—Te toca —dijo con voz áspera. Me quitó la camiseta con la misma deliberación, y sus dedos rozaron mis costados a medida que la tela subía. La sensación de sus manos sobre mi piel me hizo estremecer de una forma que no intenté ocultar.

Nos movimos lentamente hacia su dormitorio. Me tumbé y él me siguió. Estábamos en horizontal por primera vez, su peso acomodándose contra mí.

El contacto de cuerpo entero envió una corriente a través de cada nervio de mi ser.

—Dime si hago algo mal —dijo.

Su boca encontró mi hombro tenso (el izquierdo, el que se bloqueaba después de los partidos largos) y apretó los labios contra él. Dejó besos por mi clavícula, mi esternón y la línea muscular por debajo de mis costillas. Cada punto de contacto tenía tanto propósito, era el resultado de años de observación traducidos a la acción, que me deshice bajo sus manos sin entender cómo.

Había estado con gente antes. No mucha. Las relaciones nunca cuajaban porque yo siempre le daba a la gente una versión parcial de mí mismo. Pero nada (ningún encuentro, ningún cuerpo contra el mío, ninguna boca sobre mi piel) se había sentido jamás así. Como ser conocido. Como si cada caricia fuera una frase en un idioma que él llevaba años aprendiendo y que ahora dominaba, hablando directamente a las partes de mí que nunca había dejado que nadie alcanzara.

—Abbott —suspiré.

—Clay. —Levantó la vista de mi pecho—. Me llamo Clay.

—Clay.

Sonrió; con esa sonrisa amplia que solo había visto un puñado de veces. Transformó su rostro, de modesto a algo devastador. Y entonces su boca descendió y yo dejé de pensar en nombres, en tazas y en habitaciones de hotel, y empecé a pensar en la abrumadora e inmediata realidad de la atención de Clay Abbott.

Le devolví las caricias. Con cuidado al principio; pero me había estado conteniendo durante años y había terminado de negarme a mí mismo. Aprendí el paisaje de su cuerpo de la misma forma en que él había aprendido el mío: con reverencia y con la comprensión de que este era el principio de lo que se había estado gestando durante demasiado tiempo.

Cuando mi mano encontró su cadera y tiró de él para acercarlo, un sonido ahogado e involuntario se atascó en su garganta. La quietud se rompió. Clay Abbott, que mantenía la compostura en todos los contextos en los que le había conocido, se arqueó ante mi toque con una urgencia que me dijo todo lo que su cuidadoso autocontrol había estado ocultando.

Deslicé la mano por su costado. Su respiración se entrecortó cuando mis labios rozaron justo debajo de sus costillas: ahí donde el músculo fibroso de

portero daba paso a la piel suave. La más ligera presión le hizo estremecerse. Lo besé. Soltó una maldición por lo bajo, con la mano agarrando la sábana junto a mi cabeza.

—Eso —dije contra su piel—. Dime qué más.

—Jamie. —Susurró mi nombre, ronco y despojado de toda defensa—. Todo. Absolutamente todo.

Encontré los lugares que él no sabía que eran sensibles: el interior de su muñeca, la hendidura en la base de la columna vertebral, la línea muscular a lo largo del cuello que se tensaba cuando la trazaba con la lengua. Cada descubrimiento le hacía estar menos compuesto, ser menos el observador cauteloso y más el hombre que había debajo: receptivo y vocal de una forma que yo no había esperado.

No me cansaba. Estaba precioso así, deshecho. Su cuerpo respondía al mío con una honestidad que había pasado años reprimiendo.

—Estás temblando —dijo, con la boca contra mi cuello.

—No estoy temblando.

—Sí lo haces. —Su mano cubrió la mía, estabilizándola—. Jamie.

—Es que... —No tenía palabras para expresarlo. La sensación de agobio no era física, era el peso de llevar años deseándole—. No sabía que se podía sentir así.

—¿Así, cómo?

—Ser visto. —Le puse la mano en la cara y lo miré a la tenue luz de su dormitorio, a este hombre silencioso que me había estado observando durante años y que, en este preciso instante, me estaba demostrando exactamente cuánto había visto—. Como si alguien conociera cada parte de ti y la deseara toda.

Algo se suavizó en su expresión. No era debilidad, sino la forma más profunda de fuerza: la disposición a ser conocido por completo.

—Toda —dijo—. Cada parte.

Lo que siguió no fue delicado. Fue reverente, desesperado, lento, rápido y todo a la vez: la expresión física de años de anhelo, de dos hombres que habían estado orbitando el uno alrededor del otro, uniéndose por fin.

Él sabía dónde tocarme porque había estado prestando atención. Yo sabía lo que él necesitaba porque le había estado leyendo de la misma forma en que leía los ambientes, con toda la fuerza de una atención que había confundido con amistad.

Al final nos quedamos quietos. Yo estaba bocarriba, con su cabeza en mi pecho, y su respiración empezaba a acompasarse. La habitación estaba en silencio.

—Abbott aceptó el traspaso —dije al techo.

Levantó la cabeza.

—Abbott se lo está replanteando.

—¿De verdad?

—Aceptó el traspaso porque el hombre al que amaba no le pidió que no lo hiciera. —Volvió a acomodarse contra mi pecho. Su mano descansaba sobre mi corazón, que seguía latiendo demasiado rápido—. Y por fin se lo pidió.

—¿Qué pasa ahora?

—Llamaré a mi agente por la mañana y le diré que retiro mi aceptación.

—¿Puedes hacer eso?

—No lo sé. Voy a averiguarlo.

Presioné los labios contra la coronilla de su cabeza. Tenía el pelo suave. Su cuerpo estaba caliente contra el mío.

—Debería habértelo pedido antes —dije.

—Yo debería haberte contado lo que estaba decidiendo.

—Los dos somos idiotas.

—Los dos somos idiotas a los que se les da muy bien leer a otras personas y fatal leerse el uno al otro. —Levantó la cabeza de nuevo y me miró. En la oscuridad, sus ojos estaban claros. Comprendí, por primera vez, qué se sentía al ser el objeto de la atención de Clay Abbott cuando este no ocultaba nada—. Jamie.

—¿Sí?

—Me quedo. Tanto si Denver me permite retirar la aceptación como si no, ya lo solucionaré. Me quedo.

Tiré de él y lo abracé. Lo rodeé con mis brazos y me aferré a él. Sentí la calidez de ser la persona de alguien por primera vez en mi vida.

La taza en mi estante en casa se iba a quedar justo donde estaba.

19

Abbott

La luz se filtraba por la ventana, la cálida luz de octubre de una mañana de Chicago entrando por unas cortinas que no me había molestado en cerrar. Caía sobre Jamie Hayes, que dormía bocabajo con la cara vuelta hacia mí.

Llevaba once minutos viéndole dormir.

Esto era diferente a la habitación del hotel. En el hotel, ver a Jamie dormir había sido algo que tenía que hacer a escondidas; una observación robada que guardaba y trataba de no examinar. Esta mañana, tumbado de lado con las sábanas por la cintura y el apartamento en silencio a nuestro alrededor, podía verle dormir: la atención que había pasado años dirigiendo a este hombre, por fin sin el filtro de fingir que era otra cosa.

Estaba precioso esta mañana. La versión arrugada y honesta de Jamie Hayes que nadie llegaba a ver; solo un hombre durmiendo en una cama que no era la suya, en un apartamento al que se había presentado anoche para decir las tres palabras que lo cambiaron todo.

No te vayas.

Tracé la línea de su hombro con los ojos. El izquierdo, el que se le tensaba; se lo había besado anoche tras haber estado evaluando su tensión durante tres años. Su piel estaba cálida bajo la luz del sol. Ahora podía ver los pequeños detalles que me estaban permitidos: la diminuta cicatriz en su antebrazo derecho provocada por la cuchilla de un patín, la densidad de los

músculos de su espalda, la forma en que el pelo le caía sobre la frente cuando no se lo echaba hacia atrás.

Se removió y abrió un ojo.

—Me estás mirando —dijo, con voz ronca por el sueño.

—Siempre te estoy mirando.

—Lo sé. —Sonrió. Fue una sonrisa lenta y desprotegida—. Siempre lo he sabido.

Alargó la mano hacia mí. Encontró mi cadera bajo las sábanas y tiró de mí. Nos quedamos allí tumbados, cara a cara bajo la luz de la mañana. Me permití mirarlo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó en voz baja. No era la primera vez que lo preguntaba: lo había preguntado anoche en la oscuridad, pero esta mañana, la pregunta era diferente.

Lo pensé.

—¿Quieres la respuesta de verdad?

—Lo quiero todo de verdad. —Su dedo trazó un círculo perezoso sobre mi piel.

—El primer año supe que algo era diferente. El segundo año lo acepté. Para el tercer año había dejado de llevar la cuenta y simplemente empecé a... estar en ello. A vivir con ello de la misma forma en que vives con la gravedad. Estaba ahí. Aprendí a hacer mi vida en torno a ello.

—De eso hace tres años.

—Como mínimo. —Le puse la mano en la mandíbula y le giré la cara para poder ver su expresión a la luz, sin sombras—. ¿Cuándo lo supiste tú?

Cerró los ojos.

—No lo supe... no conscientemente. Sabía que no podía guardar tu taza. Sabía que el hecho de que tu coche estuviera a tres plazas del mío me hacía sentir algo que no examinaba. Sabía que los viajes en coche contigo eran el único lugar donde me sentía en calma. Pero no lo entendía de verdad, si es que eso tiene sentido.

—¿Y ahora?

—Ahora lo sé. —Abrió los ojos—. Ahora estoy aquí.

Me besó, sin la urgencia de anoche. Esto era diferente. Anoche había sido la presa rompiéndose, la liberación de golpe de años de tensión. Esta mañana, era la exploración sin prisas de dos personas que tenían todo el tiempo del mundo.

Cuidé de él. Esa era la única forma de describirlo. Sabía que su hombro izquierdo estaba tenso, así que lo trabajé con las manos hasta que sentí que los músculos se soltaban. Emitió un sonido grave e involuntario, el alivio de un hombre al que nunca había tocado alguien que supiera exactamente dónde acumulaba la tensión.

—¿Cómo sabes hacer eso? —preguntó; mitad pregunta, mitad acusación.

—Te lo he dicho. He estado prestando atención.

—Y tomando notas, por lo visto.

—Notas exhaustivas.

Aprendí su cuerpo a la luz del día: los lugares que le hacían jadear y los que le dejaban inmóvil. El mapa de su cuerpo que llevaba años construyendo en mi imaginación, ahora podía confirmarlo con mis manos y mi boca. Era receptivo y abierto de una forma que me desarmaba.

Sus manos me devolvieron las caricias, explorándome con un fervor que me indicaba que se había estado conteniendo tanto tiempo como yo. Encontró la cicatriz de mi hombro y la besó. Encontró el punto sensible debajo de mi oreja y se lo aprendió de memoria. Prestaba atención con la misma habilidad exhaustiva e instintiva que aportaba a la hora de leer los ambientes.

Ser el centro de la atención total de Jamie Hayes en este contexto fue la experiencia más abrumadora de mi vida.

—Clay —dijo, con mi nombre en su boca. No Abbott; Clay—. No puedo creer que vaya a poder tener esto.

—Siempre lo has tenido. —Apoyé la frente contra la suya—. Simplemente no lo sabías.

Una hora más tarde, estábamos tumbados entre los restos enredados de la mañana. El apartamento era cálido. Jamie Hayes estaba en mi cama con la cabeza apoyada en mi pecho y yo le pasaba los dedos por el pelo.

—Tengo que llamar a mi agente —dije—. Voy a retirar la aceptación.

—Lo sé.

—Jamie.

—¿Sí?

—Gracias por pedirme que me quedara.

Levantó la cabeza y me miró con una expresión que llevaría conmigo el resto de mi vida.

—Gracias por quedarte —susurró.

20

Jamie

Abbott llamó a Marty desde la cocina. Podía oírlo, con su voz grave en ese tono profesional.

Yo estaba haciendo café, de pie y descalzo en la cocina de Clay Abbott, y llevaba puesta su camiseta porque la mía estaba en algún lugar del salón.

Estaba preparando café en su cafetera y con su café. Sabía cómo lo tomaba (solo, con el tueste más oscuro que pudiera encontrar) y sabía dónde guardaba los filtros (estante superior, lado izquierdo). Conocía la proporción exacta de café y agua que prefería, porque llevaba años prestando atención.

—Marty, necesito retirar mi aceptación.

Pude escuchar la pausa al otro lado de la línea, el silencio de un agente que estaba a punto de hacer una pregunta de la que ya sabía la respuesta.

—Estoy seguro —dijo Abbott—. Entiendo que puede haber consecuencias. Entiendo que en Denver no estarán contentos. Necesito que lo soluciones.

Escuchó, asintiendo a algo que yo no podía oír. Su postura, la cual yo llevaba años observando desde el otro lado de la sala, era la compostura de un hombre que había tomado una decisión. No había lugar a dudas.

—Gracias, Marty. Yo me encargaré de Chicago por mi parte.

Colgó y se dio la vuelta. Yo sostenía dos tazas: la suya sola y la mía con crema y azúcar. Me miró de pie en su cocina, con su camiseta, sosteniendo el café que había preparado para los dos.

Cruzó la cocina y cogió su taza, mientras su otra mano cubría la mía allí por donde yo sujetaba la mía propia. Su pulgar descansó contra mis nudillos, un pequeño y deliberado punto de contacto.

—Hecho —dijo.

—¿Hecho?

—Marty se encarga de la retirada. Habrá que solucionar algunos flecos. En Denver no estarán contentos y la directiva de Chicago tendrá preguntas. Pero está hecho.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. —Dio un sorbo al café, haciendo ese pequeño sonido que emitía cuando el café estaba perfecto—. Lo has hecho exactamente como me gusta.

—Llevo haciéndote el café tres años, Abbott. Me daría vergüenza si me equivocara.

—Clay.

—Clay. —Todavía me estaba acostumbrando al sonido de su nombre de pila en mis labios. Se sentía diferente, más íntimo. Le pertenecía a él como persona en lugar de solo al jugador—. Clay. ¿Estás seguro? Esta es tu carrera. Es para lo que has estado trabajando.

Dejó la taza en la encimera. Puso las manos en mi cintura, con los pulgares apoyados en los huesos de mis caderas, y me miró con una intensidad que lo decía todo.

—Jamie. Llevo años sentado en la portería del suplente viéndote jugar al hockey. He viajado en coche contigo, te he robado las barritas de proteínas y me he sentado en tu cocina a beber de esa maldita taza azul. Te he visto cuidar de todas y cada una de las personas de ese equipo mientras nadie cuida de ti. —Tiró de mí y me acercó un par de centímetros—. No me voy a Denver. No me voy a ninguna parte. Aquí es donde quiero estar.

—Sueldo de suplente. Rol de suplente.

—Me da igual el dinero. Me importa la portería. —Hizo una pausa—. Me importas tú. La portería es secundaria.

Lo besé.

Lo besé porque podía. Estaba de pie en su cocina diciéndome que se quedaba. Sus manos estaban en mi cintura y su café se estaba enfriando.

Yo había creído que esto era imposible.

—Deberíamos decírselo al equipo —dije.

—El equipo ya lo sabe.

—El equipo lo sospecha. Eso es diferente.

—Hayes. —Pronunció mi nombre con la misma forma afectuosa con la que lo decía en los vestuarios y en los aparcamientos—. Bishop tiene dinero apostado en esto desde la serie contra Minnesota. Theo lleva semanas vibrando con el tema. Luca me miró en el vestuario ayer como si fuera a arrastrarme a tu apartamento él mismo.

—¿Luca lo sabía?

—Luca siempre lo sabe.

Me apoyé contra la encimera. Abbott se apoyó contra mí. Habíamos terminado de fingir.

Yo era, por primera vez en mi vida adulta, la persona de alguien.

El hombre que me había estado observando durante años había decidido, a la hora de la verdad, que solo observar no era suficiente.

Yo era suficiente.

21

Abbott

El equipo se enteró el martes.

No por el chat de grupo. Ni por un anuncio oficial.

A través de la ósmosis natural y orgánica de un vestuario que llevaba años viendo a dos personas orbitar la una alrededor de la otra y que había estado apostando, colectiva e individualmente, por el resultado.

Jamie entró en las instalaciones conmigo. Eso no era inusual; ya habíamos compartido viajes antes.

Pero entramos juntos de forma diferente: su hombro contra el mío, su mano rozando la parte baja de mi espalda mientras pasábamos por la puerta. Eran las pequeñas cosas que, en un vestuario lleno de hombres entrenados para leer el lenguaje corporal a velocidad competitiva, no eran pequeñas en absoluto.

Theo lo vio el primero. Theo siempre veía las cosas el primero.

Estaba en su taquilla, atándose los cordones para el patinaje matutino, y levantó la vista cuando entramos. Sus ojos dorados rastrearon a Jamie, luego a mí y luego el espacio entre nosotros.

—POR FIN. —Lo dijo lo bastante alto como para que lo oyera toda la sala. Se puso de pie, con un patín puesto y el otro quitado, y nos señaló con la energía de un hombre que había estado esperando durante un tiempo excesivo—. POR FIN. ¿Tenéis idea de...? Llevo ESPERANDO...

—Theo —dijo Luca desde el otro lado de la sala con su voz de capitán. No sonó fuerte, pero recalibró la temperatura del vestuario con una sola palabra.

Theo volvió a sentarse. Sonreía con tantas ganas que parecía doloroso.

Luca miró a Jamie. A mí no; a Jamie. Había visto esa expresión en fotografías suyas después de la Copa, después de la rueda de prensa, después de los momentos de su vida en los que algo imposible se había hecho realidad. Sus oscuros ojos eran firmes y la boca le tembló; lo cual, viniendo de Luca, era el equivalente emocional a una gran ovación.

Jamie lo vio. Sus ojos brillaron durante un segundo antes de asentir. Luca le devolvió el asentimiento.

Esa fue toda la conversación.

Bishop se reclinó en su taquilla. Tenía los brazos cruzados. Su expresión era una que, en un hombre con brazos como troncos de árbol y una sonrisa aterradora, de algún modo lograba transmitir suficiencia.

—Había apostado cincuenta pavos a que esto pasaba después de la serie contra Minnesota. Voy a cobrárselos a Garrett.

—¿Habíais hecho una apuesta? —dijo Jamie.

—Todo el vestuario había hecho una apuesta. —Bishop hizo un gesto amplio—. Vosotros dos habéis sido el secreto peor guardado del hockey profesional. Francamente, me insulta que hayáis tardado tanto.

Eriksson se levantó de su taquilla. Cruzó la sala, le puso la mano en el hombro a Jamie y dijo algo en sueco. Luego cayó en la cuenta y lo tradujo.

—Significa, más o menos: «El que espera a la primavera debe sobrevivir primero al invierno». Suena mejor en sueco.

—Todo suena siempre mejor en sueco —dijo Theo.

Volkov se levantó y se acercó a donde Jamie y yo estábamos de pie, en el umbral. Me besó en ambas mejillas, luego besó a Jamie en ambas mejillas. Luego se santiguó con el dramático y sincero estilo que solo Volkov podía ejecutar sin que resultara irónico.

—Estoy muy feliz —dijo Volkov—. También estoy muy disgustado por no haber ganado la apuesta. Pero, sobre todo, feliz.

Kieran seguía en su taquilla; no se había movido. No había hablado. Se encontró con mi mirada desde el otro lado de la sala. Su expresión era la versión a lo Kieran de todo lo que Theo había dicho en voz alta: la

silenciosa satisfacción de un hombre que había hecho la pregunta correcta en el momento oportuno.

Nico estaba a su lado. Miró a Kieran y luego nos miró a nosotros. Algo le cruzó el rostro: el reconocimiento de saber lo que se siente al permitirse tener algo; el de alguien que había pasado tiempo en su propia versión de lo «no suficiente» y había salido airoso.

Mikkola pareció confuso y luego, cuando Nico le dijo algo en finlandés, pareció encantado.

El grupo lo absorbió de la misma forma en que lo absorbía todo. La familia se mantuvo unida.

Lo que pasaba en este vestuario era lo que había pasado siempre. Hombres que se elegían mutuamente y daban la cara construían juntos algo que era más fuerte que la suma de sus partes.

Esa tarde me senté en el despacho de David Park.

El mánager general estaba detrás de su escritorio.

—En Denver no están contentos —dijo Park.

—Lo entiendo.

—He hablado con su directiva. La retirada de la oferta está tramitada. No hay traspaso. Sigues siendo propiedad de los Storm. —Me evaluó con el pragmatismo de un hombre al que le importaba ganar primero y todo lo demás después—. Me gustaría ampliar tu contrato. Dos años. Tercer año opcional para el equipo.

—Sin sueldo de titular.

—Sin sueldo de titular. Sueldo de suplente... pero un sueldo de suplente adecuado, lo que supone una mejora respecto a tu contrato actual. —Se echó hacia atrás—. Eres valioso para esta organización, Abbott. No solo como portero.

Entendí a qué se refería: al análisis de los vídeos con los delanteros, a mi presencia en el vestuario, a la firmeza de un hombre que ocupaba la portería del suplente y sostenía la confianza del equipo sin exigir la atención de este.

—Acepto —dijo.

—Bien. —Park se levantó y me tendió la mano—. Por si te sirve de algo, llevo en este negocio veintidós años. He aprendido que las decisiones que toman los jugadores sobre su vida personal no son asunto mío, siempre que se presenten y rindan.

—Lo haré.

—Lo sé.

Salí del despacho de Park.

Jamie estaba esperando en el pasillo. Yo no se lo había pedido, pero sabía que yo estaba allí dentro y se había colocado donde yo pudiera verle al salir.

—Dos años —dijo mi voz—. Tercer año opcional para el equipo.

Su rostro se abrió en una sonrisa de verdad. La sonrisa que aportaba calidez a las habitaciones y me hacía sentir, cada vez que la veía, como el portero suplente más afortunado de la historia del hockey profesional.

22

JAMIE

Abbott había estado pasando las noches en mi casa y yo en la suya, y la logística de dos residencias separadas se estaba convirtiendo menos en un arreglo práctico y más en una ficción de cortesía.

Su apartamento se estaba convirtiendo cada vez más en nuestro apartamento. Mis libros estaban migrando a sus estanterías. Mi manta de sobra estaba en su sofá. La taza verde que había comprado, la que estaba en su armario (del mismo peso y tamaño que la azul de la mía) ahora tenía compañía. Me había traído la azul y la había puesto a su lado.

Una tarde, estaba sentado a la mesa de su cocina bajo el ámbar grisáceo de un anochecer en Chicago. Abbott estaba frente a mí, leyendo algo en su teléfono.

El silencio entre nosotros era un silencio en el que solo había sido capaz de sentarme con él. Era cómodo; el silencio compartido de dos personas que no necesitaban llenar el espacio.

Pensé en la conversación del coche de hacía semanas. Parecía que había pasado toda una vida.

¿Alguna vez te cansas de ser bueno en algo que en realidad no te da lo que quieres?

Había estado hablando del tiempo de hielo. Y no sabía lo que quería decir.

—Soy la persona de alguien —dije en voz alta, sin dirigirme a nadie en particular.

Abbott levantó la vista de su teléfono. Su expresión compuso esa adorable casi-sonrisa, tan pequeña que apenas se registraba en su rostro... excepto por la diversión en sus ojos.

—Llevas siéndolo un tiempo —dijo, volviendo a su teléfono.

Volví a sumirme en el silencio.

Sin embargo, lo extraordinario era que eso era todo. Eso lo era todo: no un gran gesto ni una declaración dramática, sino un martes por la tarde en la cocina con el hombre que sabía cómo me tomaba el café, qué hombro se me tensaba y el sonido exacto que hacía cuando me relajaba de verdad.

—Abbott.

—Clay.

—Clay. —Cada vez se me daba mejor—. Ven aquí.

Dejó el teléfono y cruzó la cocina en tres pasos. Se detuvo frente a mí.

Lo besé porque podía. Se me permitía, porque la puerta que había mantenido cerrada durante años ahora estaba abierta. Tenía un apartamento tranquilo y a un hombre que me veía por completo.

—Llévame a la cama —dije.

—Son las siete y media.

—Llévame a la cama de todos modos.

Su boca se curvó en una sonrisa completa. Rara, devastadora y mía.

Fue diferente a la primera vez, y diferente a la mañana siguiente. La primera vez había sido urgente, la rotura de la presa. La mañana siguiente había sido reverente, un descubrimiento mutuo. Esto era otra cosa.

Esto era alegría.

Nos reímos. Eso era lo que no me había esperado: las risas y la soltura, el placer de dos personas que se conocían tan bien que incluso esto, lo más íntimo, podía ser divertido, tierno y real al mismo tiempo.

Gastó una broma cuando no pudimos sacarme la camiseta por la cabeza porque se había enganchado en algo, y me reí contra su cuello. Él se rio contra mi hombro y caímos sobre la cama en un enredo sin ninguna gracia.

Por primera vez en mi vida, simplemente estaba aquí, simplemente era yo. Un hombre en la cama con la persona que amaba, riéndose porque se le había atascado la camiseta. El momento era absurdo. La felicidad era tan enorme que tenía que salir en forma de risa.

—Tienes un moratón —dije, trazando la marca amarillenta en su cadera donde un disco le había golpeado durante el entrenamiento del jueves. Apreté la boca contra él suavemente y sentí que su estómago se contraía bajo mi mano.

—Los he tenido peores.

—Lo sé. Llevo la cuenta. —Fui besando a lo largo de la línea de su cadera, hasta el hueco donde el muslo se unía al cuerpo, y su respiración se cortó. Su mano encontró la parte de atrás de mi cabeza, con los dedos en mi pelo; el peso de la misma era una petición y un permiso al mismo tiempo.

Me tomé mi tiempo. Ahora sabía lo que le gustaba, conocía el ritmo y la presión que le llevarían al límite. Conocía el momento exacto en el que su compostura se rompía. El sonido que emitió fue ronco y honesto. Había aprendido esto en dos noches, y tenía la intención de pasar el resto de mi vida perfeccionando mis conocimientos.

Sus muslos se tensaron bajo mis palmas. Su respiración se volvió irregular y superficial, y cuando levanté la vista, tenía la cabeza echada hacia atrás contra la almohada. Tenía los ojos cerrados, y su cara era tan real, despojada de cualquier fingimiento.

—Jamie. —Mi nombre salió de su boca, medio destrozado y medio maravillado—. Jamie, necesito... Ven aquí.

Volví a subir por su cuerpo. Tiró de mí hacia abajo y me besó, de forma profunda y sin prisas, saboreándose a sí mismo en mi boca. Sus manos se deslizaron por mi espalda y sus dedos se clavaron en el músculo a lo largo de mi columna con una posesividad que aún me sorprendía viniendo de un hombre tan controlado. Nos hizo rodar.

Ahora estaba encima de mí, con su peso apoyado en un brazo mientras miraba hacia abajo, centrado por completo en mí.

Luego su boca fue a mi cuello. Su mano trabajó entre nosotros. Me arqueé hacia él.

Yo no era silencioso. No había sido silencioso con él desde la primera noche. Todavía me sorprendían los sonidos que salían de mí cuando Clay Abbott me tocaba.

—Estás haciendo eso tuyo —logré decir.

Sonrió contra mi garganta.

—¿Qué cosa?

—Lo del portero. Eso de leer el hielo.

—¿Te estoy leyendo?

—De forma exhaustiva.

—Bien. —Besó el punto debajo de mi oreja que hacía que todo mi cuerpo se tensara. Sentí que sonreía cuando me estremecí—. Voy a seguir leyéndote. Durante mucho tiempo.

Tiré de su boca para devolverla a la mía.

Lo besé como había querido hacerlo durante años: con intensidad y sin prisas, con todo el peso de lo que esto significaba respaldándolo. Su mano seguía entre nosotros, seguía moviéndose, y yo estaba perdiendo la capacidad de formar frases.

Pero había una que necesitaba decir.

—Te quiero —dije contra su boca. Era la primera vez que se lo decía, con su cuerpo contra el mío y su mano haciendo imposible pensar—. Te quiero, Clay.

Se quedó inmóvil. Solo por un segundo. Luego dejó caer la frente contra la mía y dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Dilo otra vez.

—Te quiero.

—Otra vez.

—Te quiero. Te he querido durante...

Me besó con la fuerza suficiente para hacerme callar. No necesitaba terminar la frase; él lo sabía.

Le pasé las manos por la espalda y tiré de él hacia mí. El contacto de cuerpo entero fue eléctrico, incluso después de varias noches aprendiéndonos el uno al otro. Sus caderas presionaron contra las mías. Envolví una pierna a su alrededor, y la fricción nos arrancó un sonido a ambos: el suyo grave, el mío lo bastante alto como para hacerle sonreír contra mi boca.

—Los vecinos —advirtió.

—Me dan igual.

—Mañana no te darán igual.

—Mañana también me da igual. —Le tiré suavemente del labio inferior entre los dientes y sentí que se estremecía—. Solo me importa esto.

Más tarde, yacíamos enredados en la quietud. Él estaba bocarriba. Yo estaba de lado, con la cabeza en su pecho, escuchando el latido de su corazón. Pensé en todo aquello: el viaje, la habitación del hotel, la taza, el

aparcamiento, el suelo de la cocina, el pasillo. *No te vayas*. Tres palabras. La primera vez en mi vida que había pedido algo para mí.

Pedirlo me había dado a este hombre al que amaba tanto.

Yo era la persona de alguien. Me habían visto y me habían elegido.

Lo imposible realmente era posible. Solo hacía falta que uno de los dos lo pidiera.

Epílogo

ABBOTT

Febrero. Cuatro meses después

El evento del equipo fue idea de Theo: una combinación de subasta benéfica y patinaje familiar en las instalaciones de entrenamiento. El edificio estaba iluminado y lleno de gente. Jugadores, familias, personal... el caos controlado de una organización de hockey profesional fingiendo ser informal.

Me quedé cerca de las vallas de la pista de entrenamiento y observé a Jamie moverse por la sala.

Se movía sin esfuerzo entre los grupos: una mano en el hombro de un donante, una carcajada con la novia de Volkov, un momento con Mikkola en el que toda la postura del novato se relajó porque Hayes había dicho exactamente lo correcto.

Jamie captó mi mirada desde el otro lado de la sala y su expresión se volvió cálida. Me dedicó una sonrisa privada, solo para mí; visible solo para alguien que había pasado años aprendiendo a leer la cara de Jamie Hayes.

Cruzó la sala y se detuvo a mi lado, con su hombro presionado contra el mío. Nos quedamos juntos, de la misma forma en que lo habíamos estado en cientos de aparcamientos, vestuarios y habitaciones de hotel... excepto que ahora era diferente.

—Buena fiesta —dije.

—Es un buen equipo —dijo Jamie.

Le entregué una bebida. Nuestros dedos se rozaron en el vaso medio segundo más de lo necesario.

Al otro lado de la sala, Bishop estaba cerca de la zona de entrenamiento. Declan también estaba allí (el fisioterapeuta) trabajando en una especie de demostración benéfica con el equipo de entrenamiento. Bishop se acercó a preguntar algo, y las manos firmes de Declan (las manos de una persona que se ganaba la vida tocando a atletas) aterrizaron en el hombro de Bishop para hacer la demostración de un estiramiento.

Bishop se quedó inmóvil; no con la quietud casual de un hombre que espera una demostración, sino con la quietud rígida de un ciervo deslumbrado por los faros. Su atención se dispersó. Cambió el peso de un pie a otro.

Contuvo la respiración.

Cerca de la mesa de refrescos, el entrenador Reeves estaba de pie con un joven de veintitantos años: su hijo, Ryan. Era la primera vez que asistía a un evento del equipo. Era alto; no tanto como su padre, pero con la misma complexión y la misma mirada aguda. Tenía una sonrisa fácil que debía de haber sacado de la familia de su madre, y una franqueza que era toda de Reeves.

Eriksson se acercó a ellos. Saludó al entrenador Reeves, luego se volvió hacia Ryan y se presentó. El veterano sueco llevaba en esta liga el tiempo suficiente como para sentirse cómodo dando la bienvenida a cualquier recién llegado. Ryan dijo algo que hizo reír a Eriksson.

Theo estaba enseñando a un grupo de hijos de los donantes a hacer la celebración de Volkov. Luca estaba cerca de las vallas con Kieran (los dos amigos más antiguos del equipo) observando la sala con la satisfacción de unos hombres que habían construido algo que valía la pena proteger.

Nico estaba al lado de Kieran.

Morrison estaba cerca de la entrada, hablando con un miembro del personal, cuando entró Callum Callahan. El hermano de Theo trabajaba en gestión de la construcción. Era un tipo sólido. Había venido para un partido (hacía visitas periódicas; era el hermano que se presentaba cuando presentarse importaba) y Theo le había invitado al evento. Theo invitaba a todo el mundo a todo.

Morrison lo vio. Callum vio a Morrison. Hubo un momento que pasó entre ellos: dos personas que no tenían ninguna historia previa pero que, en el lapso de tres segundos de contacto visual, establecieron la posibilidad de una. Callum apartó la vista primero.

La mano de Jamie encontró la parte baja de mi espalda. Baja y cálida; el toque de un hombre que se había pasado la vida con la mano en el hombro de la gente en público y que reservaba esta intimidad solo para mí.

—Estás observando otra vez —dijo.

—Siempre estoy observando.

—¿Ves algo interesante?

Pensé en la atención dispersa de Bishop y en los tres segundos de contacto visual de Morrison con un hombre al que nunca había conocido.

—Nada que esté listo todavía —dije—. Solo semillas.

Se apoyó en mí, con el cuerpo caliente. La sala zumbaba con el sonido de un equipo que se había mantenido unido; no porque fuera fácil, sino porque habían decidido que merecía la pena.

Yo también lo había elegido.

Denver y el sueldo de titular podrían haber sido suficientes; tenían sentido sobre el papel.

Pero había elegido la portería del suplente porque este equipo era mi familia.

Había elegido al hombre que estaba a mi lado, cuya mano descansaba en mi espalda, cuya taza estaba en mi estante y cuya risa podía identificar desde cualquier habitación del planeta.

—Vamos —dijo—. Vayamos a formar parte de ello.

FIN

¿Quieres más de Clay y Jamie?

La temporada no ha terminado. Kieran Walsh envía un mensaje de texto a las 6:52 de la mañana con unas palabras que lo cambian todo. *Eres titular*. Nashville está en la ciudad. Hay un puesto para los playoffs en juego. Y Jamie Hayes está acurrucado contra Clay cuando llega el mensaje.

Consigue tu escena extra en es.PiperCrossHockey.com

También de Piper Cross

Chicago Storm
#1 Body Check
#2 Cross Check
#3 Blind Side
#4 Próximamente

¿Listo para tu próxima lectura? ¡Echa un vistazo al resto de la serie Chicago Storm!
